

La Ilustración Artística

AÑO XXVI

BARCELONA 25 DE NOVIEMBRE DE 1907

NÚM. 1.352

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



UN MOMENTO DE INSPIRACIÓN, cuadro de Alejandro Struys

SUMARIO

Texto.— *Revista hispano-americana*, por R. Beltrán Rózpide. — *El tigre blanco*, por F. de la Escalera. — *Los candidatos a la Presidencia de la República de los Estados Unidos del Norte de América.* — *Arquilla regalada al emperador de Alemania por la Corporación de la City de Londres.* — *La transmisión telefónica de las fotografías.* — *El duque de los Abruzzos en Barcelona.* — *Un pleito sensacional en Londres.* — *La herencia del duque de Portland.* — *La reina del prado*, novela ilustrada (continuación). — *La boda del infante D. Carlos de Borbón y la princesa Luisa de Orleans.*

Grabados.— *Un momento de inspiración*, cuadro de Alejandro Struys. — Dibujo de Mas y Fondevila que ilustra el artículo *El tigre blanco.* — *Guillermo Howard Taft.* — *Guillermo Jennings Bryan.* — *Arquilla de oro regalada por la Corporación de la City de Londres al emperador de Alemania.* — *Margarita de Borgoña.* — *La Virgen y el Niño.* — *Diego de Valmayor de Alcántara.* — *Felipe «el Bueno»*, obras respectivamente de Barend van Orley, Juan van Eyck, Pantoja de la Cruz y Roger van der Weyden. — *M. Eduardo Belin manejando el telestereógrafo.* — *Prueba fotográfica reproducida a una distancia de 2.000 kilómetros.* — *El duque de los Abruzzos.* — *El acorazado italiano «Regina Elena» en el puerto de Barcelona.* — *El duque de los Abruzzos dirigiéndose al desembarcadero de la Paz.* — *Ancianos del Asilo de Chelsea (Inglaterra)*, dibujo de Francisco Craig. — *En el Asilo de Charterhouse (Inglaterra).* — *Una partida de bolos en los jardines*, dibujo de Francisco Dadd. — *El castillo de Welbeck.* — *El quinto duque de Portland.* — *Tomás Carlos Druce.* — *Jorge Hollamby Druce.* — *El actual duque de Portland.* — *La boda del infante don Carlos de Borbón y la princesa Luisa de Orleans.* — *S. M. la reina María Cristina en París.*

REVISTA HISPANO-AMERICANA

México: la crisis financiera general y su influencia en este país: desarrollo de la riqueza pública y nacional. — *La cuestión centroamericana:* las Conferencias de Amapala y de Washington. — *Honduras y Nicaragua:* solemne entrega del laudo arbitral del rey de España al gobierno de Honduras: las alocuciones del Dr. Fontecha y del presidente de la República: la fuerza y virtud de las sentencias arbitrales. — *Venezuela:* las exigencias de los yanquis. — *Bolivia:* candidatos a la presidencia. — Proyecto de Congreso internacional latinoamericano.

Las malas circunstancias en que se hallan los grandes mercados de valores públicos, sobre todo en la Unión norteamericana, que tan cerca está y tan relacionada desde el punto de vista económico con los Estados Unidos Mexicanos, hacen sentir sus desfavorables efectos en esta República. A ellos aludía ya el presidente Sr. Díaz en el Mensaje que leyó el 16 de septiembre último.

La crisis financiera y la consiguiente escasez de dinero es casi general. Hasta principios del pasado verano México pudo mantenerse fuera de la influencia de esos factores de perturbación; pero al fin la falta de fondos disponibles paralizó la inversión en el país de capitales extranjeros, y obligó a las instituciones de crédito a reforzar sus existencias metálicas, ó cuando menos a no debilitarlas, y a negar su concurso a nuevos negocios.

Una de las consecuencias de la crisis a que nos referimos ha sido el aplazamiento de las combinaciones relativas a la consolidación de las propiedades de los ferrocarriles Nacional de México y Central Mexicano. Por decreto de 6 de junio se fijaron las bases a que deberá sujetarse la organización de la Compañía mexicana en que han de refundirse las dos mencionadas; mas no parece prudente, por ahora, proceder a dicha organización ni a las operaciones financieras que exige.

El pasajero malestar de que se trata no ha contenido el movimiento progresivo de México ocasionado por el creciente desarrollo de la riqueza pública y de los elementos agrícolas e industriales de la nación. Los productos de las rentas públicas siguen en aumento. El ejercicio fiscal de 1906-1907 se ha saldado con una gran diferencia en favor de los ingresos; más de 20.000.000 de pesos. La suma total de ingresos en dicho año, 113.000.000, excede en 11.000.000 a la del ejercicio anterior. Y téngase en cuenta que ya se habían reducido las cuotas de algunos impuestos.

Las nuevas rebajas en la contribución federal y los aumentos de sueldo de los funcionarios públicos han empezado a regir con el presente año fiscal. Todos los jueces de paz, que antes ejercían gratuitamente el cargo, reciben ya sueldo; medida muy acertada, porque, en términos generales, puede decirse que los cargos gratuitos, cuando obligan a constante trabajo personal y exponen a contraer responsabilidades, son incompatibles con una buena y honrada administración.

En la primera parte del Mensaje a que nos hemos referido, y en la que, según costumbre, se da cuenta de las relaciones que mantiene México con los demás Estados, el presidente hace constar que con motivo de las disensiones habidas entre algunas Repúblicas

centroamericanas, juzgó oportuno preguntar a Mister Roosevelt si estaría dispuesto a interponer con él sus buenos oficios para evitar la guerra entre aquéllas. Obtenida respuesta afirmativa, se llegó al resultado que ya conocen nuestros lectores, es decir, al acuerdo de reunirse en Washington representantes de las cinco Repúblicas para renovar sus pactos de amistad y alianza. Así consiguió el presidente de los Estados Unidos Mexicanos conjurar el peligro que amenazaba a la paz en Centro América.

Este mes de noviembre era el designado para abrir las Conferencias, y en Washington deben estar ya los respectivos plenipotenciarios: como acto previo, los presidentes de las Repúblicas más belicosas, Nicaragua, Honduras y El Salvador, se reunieron en Amapala, acordando allanar los litigios pendientes entre ellas y poner en vigor los antiguos tratados de amistad, que venían siendo letra muerta, principalmente por culpa del Sr. Zelaya, presidente de Nicaragua. A él y al de Guatemala Sr. Estrada Cabrera atribuyen muchos centroamericanos los conflictos últimos, porque se supone que uno y otro aspiran a constituir bajo su presidencia la gran República Centroamericana, y ninguno de los dos, aunque son personalidades de alto relieve en esos países, cuenta con la adhesión decidida de todos ellos, antes al contrario, por haber intervenido más ó menos en sus contiendas civiles y revoluciones, tienen enfrente elementos de gran significación y prestigio en la política activa.

Por esto, el acuerdo más acertado que pudiera tomarse en la conferencia sería sentar las bases de esa Unión ó Confederación de Centro América, constituyendo un gobierno federal en el que se prescindiera en absoluto de los actuales presidentes. Mas no parece que tal sea el propósito ó alcance de la Conferencia; para tomar eficaces y patrióticas resoluciones, hubiera sido preciso que concurriesen a ella los mismos presidentes, dispuestos a sacrificarse en beneficio de sus pueblos, donde, si ahora hay paz material, subsisten todavía los recelos y los odios políticos, más que nunca avivados por los recientes sucesos.

El domingo 29 del pasado septiembre fué día de júbilo en Tegucigalpa, capital de Honduras. El doctor Ramírez Fontecha, el eminente español que por sus talentos y su vastísima cultura mereció que el gobierno hondureño le confiase la investigación y estudio de antecedentes y documentos para la defensa de los derechos territoriales de la República y a quien luego otorgó plenipotencia especial para representarla como ministro y enviado extraordinario en Madrid ante S. M. el rey de España, árbitro en el litigio pendiente entre Honduras y Nicaragua, hizo en la mañana de aquel día solemne entrega del real laudo al presidente provisional de la República.

La ceremonia tuvo toda la magnificencia que correspondía a la majestad del árbitro, a la importancia del hecho y a los grandes servicios y eficacísima gestión del Dr. Ramírez Fontecha. Entre doble fila de tropas de la brigada de artillería, tras las que bullía el pueblo en alborozo, escoltado por los alumnos y oficiales del Cuerpo de Cadetes y de la Escuela militar y con brillante acompañamiento que formaban el subsecretario de Estado, los ayudantes del general presidente y la Municipalidad de Comayagüela, pueblo de adopción del Sr. Fontecha, fué éste desde su casa habitación al palacio nacional, en cuya gran sala de recepciones se habían congregado, con el presidente de la República, todos los ministros, los demás altos funcionarios, el encargado de Negocios de Nicaragua, el Cuerpo Consular y los súbditos españoles residentes en la ciudad. El retrato de S. M. D. Alfonso XIII y la bandera de España ocupaban puesto de honor en el salón.

El enviado especial y el presidente de la República leyeron sendos discursos. «Venía el primero desde el viejo solar castellano a traer el laudo con el que S. M. el rey de España había puesto fin a la disputa por límites territoriales entre las Repúblicas de Honduras y Nicaragua.—Satisfechas deben estar las dos naciones hermanas que en manos de D. Alfonso XIII pusieron la resolución de su litigio.—Fecha ya memorable la del 29 de septiembre, pues en ella se supo en Tegucigalpa, en 1821, que había nacido a la vida de las naciones libres y soberanas una nueva entidad política de la que Honduras formaba parte, aún más lo será en lo sucesivo, pues en dicho día llega la palabra de paz y de concordia del monarca castellano, que si traza línea de separación a dos naciones hermanas, las une al mismo tiempo, pues borra rencillas y suprime para siempre disputas y pretensiones territoriales.—Honduras y Nicaragua tienen deuda de gratitud, tanto por la bondadosa deferencia de Su Majestad el rey de España, que aceptó el cargo de árbitro, cuanto por las constantes atenciones de que

fueron objeto en territorio español los representantes de ambos países.—Nuestros pueblos, aunque separados de la madre patria por necesarias leyes históricas, continúan unidos por lazos morales con la gloriosa nación que nos diera su sangre, sus costumbres y su idioma.—En lo futuro, cuando se celebre la llegada del acta inmortal de 1821 y se diga ¡Viva la Independencia!, podrá celebrarse al mismo tiempo la entrega del laudo de S. M. Católica y gritar también ¡Viva España!» Tales son algunos de los párrafos de las alocuciones leídas.

Terminada la ceremonia oficial, pasaron los invitados a tomar unas copas de champaña. Hubo brindis elocuentes, y entre ellos se oyó el del Dr. Salinas, encargado de Negocios de Nicaragua, que al alzar su copa enalteció la virtud del arbitraje, y declaró que, así resuelta una cuestión territorial, nunca por semejante diferencia había de derramarse una gota de sangre. El Dr. D. Policarpo Bonilla, uno de los jefes más caracterizados de la última revolución en Honduras, protestó contra el supuesto de que los revolucionarios hubiesen contraído el compromiso de entregar parte del territorio nacional a Nicaragua, y afirmó que jamás el general Zelaya, al prestar su apoyo a aquéllos, había aludido a los asuntos territoriales.

Consignamos estas declaraciones para acabar de desvanecer la sospecha que hubo respecto al acatamiento del laudo por parte de Nicaragua, sospecha que no tenía más fundamento que la circunstancia fortuita de haber casi coincidido la firma de aquél por el rey de España con la revolución de Honduras que secundó el Sr. Zelaya.

Todos los pueblos que estiman en algo su dignidad y su posición en el mundo, acatan y cumplen las sentencias que dicta árbitro libremente elegido por ellos.

Venezuela sigue pagando sus deudas diplomáticas y revolviéndose contra las exigencias de los yanquis.

Mantiene cordiales relaciones con todas las potencias, menos con Francia y los Estados Unidos del Norte. Tiende a restablecerlas con la primera; en cuanto a los otros, las dificultades por una ó otra causa, no cesan. El Tribunal de Casación de Caracas declaró probado que la «New York and Bermudez Company» había prestado auxilio a los revolucionarios de Matos y la condenó a pagar 24 millones de bolívares. La sentencia sentó mal en Washington, cuyo gobierno insiste en reclamar arbitraje para resolver esta y otras cuestiones en que aparecen interesadas empresas norteamericanas. Y aún pretende que se revisen sentencias ya dictadas hace años por comisiones arbitrales ó mixtas en litigios con compañías de navegación en el Orinoco. Venezuela se opone a tales exigencias, haciendo valer los mismos argumentos que utilizaron los yanquis para rechazar la solicitud de El Salvador que pedía, en el asunto Burrell, revisión de sentencia dictada en condiciones idénticas a las que recayeron en los pleitos con las compañías del Orinoco.

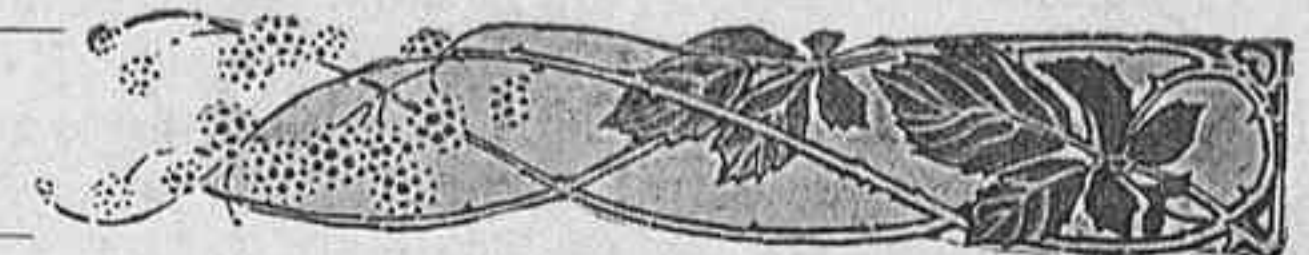
En el próximo año termina su período constitucional el presidente de la República de Bolivia D. Ismael Montes. Para reemplazarle se indica al jefe del partido liberal Sr. D. Fernando E. Guachalla, candidato que parecía aceptado casi por unanimidad. Sin embargo, ahora se sabe que aspira a ser otra vez presidente el general D. José Manuel Pando, que lo fué de 1899 a 1904 y ha publicado un manifiesto en el que expone su aspiración y sus propósitos. El gobierno boliviano, estimando que ese manifiesto pugna con las prescripciones de la Constitución política y con la ley militar, ha dado de baja al Sr. Pando en los cuadros del Ejército.

Días antes de terminar sus tareas la Conferencia de La Haya, algunos de los plenipotenciarios americanos indicaron la idea de reunir en Congreso a las naciones latino-americanas con propósito de llegar a un acuerdo respecto a los procedimientos que más convinieran para hacerse respetar en el mundo y tomar el puesto que les corresponde en la política internacional. Se atribuyó la iniciativa a los brasileños. La idea es excelente y la ocasión oportuna. La poderosa República del Norte ya no representa los intereses de América frente a frente de Europa, y por otra parte, van adquiriendo de día en día mayor relieve y gravedad los hechos etnológicos, sociales, económicos y políticos de orden interior y exterior que han de romper la unión norteamericana. Los acontecimientos pueden precipitarse é importa mucho crear en América nueva fuerza capaz de contrarrestar las ambiciones y las codicias europeas y... asiáticas.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.



EL TIGRE BLANCO



¡Marcelino! ¡Marcelino!, gritó la campesina desde la puerta de la casa de campo...

I

—¡Marcelino! ¡Marcelino!, gritó la campesina desde la puerta de la casa de campo llamando a su marido, que era el capataz de la finca; aquí hay un forastero que te quiere hablar.

Marcelino, que se hallaba en el palomar echando de comer a las aves, bajó hasta el portalón con su paso habitual y cachazudo, y saludó con un ademán noblote y cortés:

—A la paz de Dios. ¿En qué le puedo servir?

—Señor, dijo el forastero, me llamo Daniel Morales; soy un hombre honrado, pobre, que busca la vida de aventura en aventura... No tengo familia; viajo en busca de almas nobles que me auxilien. Ahora no hallo trabajo. Y esta noche carezco de domicilio, de un tejado indulgente a cuyo abrigo cristiano pueda descansar y dormir. ¿Me quiere usted hospedar?

Marcelino, hombre noblote, buenazo, feliz a su modo, de esos hombres tan virginalmente sanos de corazón que ni conciben la maldad humana ni pueden apreciar en realidad la adversidad cruda y radical que soportan los desgraciados, permaneció un momento sin responder observando el semblante del aventurero, y luego, como si de pronto hubiese podido leer en aquella alma desconocida que se le presentaba, contestó:

—Yo no soy el dueño, ¿sabe usted? Soy el capataz. Pero el amo nunca viene y puedo hacer... No tengo inconveniente.

—¡Gracias! ¡Gracias, por Dios!

—No tengo inconveniente... Mire usted; carezco de instrucción, de luces, de experiencia; pero en este momento—ó será una mágica ilusión que me hago, —parece que alguien está diciéndome al oído: «Complace al forastero; ¿por qué no? Es un desgraciado en realidad, y aunque alguna vez haya cometido actos criminosos, en esta ocasión le detendrá el respeto...»

El aventurero, bruscamente turbado, dió un paso atrás: luego, ya repuesto, con voz insegura preguntó:

—¿Por qué lo dice usted? ¿Acaso le parezco un hombre sospechoso?

Al decir estas palabras hizo un gesto amargo...

No hay nada que más nos hiera que una verdad, cuando la tal verdad nos es adversa; la vergüenza de toda una raza, en forma de sonrojo, se nos asoma al rostro.

—No, señor; líbrame Dios de sospechar con motivos de usted; ello fué una corazonada solamente. Puede pasar. Comerá en nuestra mesa; dormirá en nuestra casa; de poca hacienda dispongo, pero ella queda ya a su disposición.

El forastero, aunque levemente humillado, aceptó.

—Muchas gracias. Efectivamente, hombre de lucha, hasta de lucha díscola fuí; aunque obligado siempre por las circunstancias, quizás en ocasiones delinquí; ya ve usted, lo que le digo tiene peligrosa grandeza, grandeza de confesión. Pero usted, señor Marcelino, es un hombre inteligente y bueno y me perdonará.

—Perdonado está.

El capataz hizo un gesto a un tiempo revelador de confianza, de satisfacción y de orgullo, é invitando a pasar al caminante, repuso:

—Puede venir.

En aquellos momentos, una tarde expirante, calurosa y bella, moría; de la campiña, como una mirra profana y espesa llegaba, compuesta de aromas diversos, de celaje, de tierra y de fronda; el sol se hundió; se marcharon las púrpuras que orlaban el semicírculo visible del caos; como un luto grandioso se echaba la noche. Entre las higueras del huerto revolaban, como entontecidos y raudos, los murciélagos; una lechuza bufaba en el corral; por los rincones resplandecían las retinas incandescentes de dos gatos.

II

Al lado del hogar, cuyas brasas enrojecían el suelo bajo la ahumada campana de la chimenea, comieron. La mujer vertió la cazuela con el succulento guiso, puso luego la fuente humeante sobre la mesa...

El aventurero estaba triste. El capataz le dijo:

—Sírvase usted. Con franqueza; cuanto pida a su hambre. Eche un olvido ahora sobre los tristes pensamientos...

Daniel Morales, con un ramalazo de agradecimiento en los ojos, miró al capataz Marcelino.

—¡Qué bueno es usted!

Esto es lo que supo solamente decir.

—¡Bah, tanto no!, contestó con modestia; soy un hombre del montón que no se asusta de la vida ni de las cosas, que tiene la creencia de que todas las maldades son debidas a las circunstancias...

Emocionados, en silencio, iban comiendo los dos; la mujer, cohibida, alternaba sin hablar, lo mismo que si fuese un perrazo manso.

La cena se terminó.

—Ahora, si quiere usted dormir, como no tengo catre ni lecho, sólo puedo ofrecerle un rincón en el pajar. ¿Hace mi ofrecimiento?

—Sí que hace. Y en lo que vale se estima.

—Pues a descansar.

—Bueno. Pues buenas noches nos dé Dios.

El aventurero, con un candil en la mano, se fué; el capataz y su consorte se retiraron a su alcoba. Y cuando se acostaban, a su marido la mujer le dijo, toda temblona, con musitadas frases:

—¡Ay, Marcelino! ¿Y crees tú que ese hombre no nos hará mal?

—¡Quita allá, cobarde, mujercilla! ¿Qué ha de hacer? Los criminales, lo mismo que las fieras, se doman. El mérito está en el tino y en el valor del domador. Oportunidad...

III

El forastero no durmió; hondas preocupaciones le intranquilizaban; en su alma brava y decidida de ex criminal y licenciado de presidio luchaban la tendencia malsana, tendencia de origen, de hábito, de educación y el puntillo de rara dignidad... Todos los hombres, buenos y malos, tenemos amor propio; el pundonor es muy abstracto: los detalles son general-

mente los amos reguladores de la vida. Las circunstancias constituyen la única brújula determinadora de las cosas que suceden. En los mares de tierra no manda más piloto que el piloto Azar, almirante corsario.

IV

No pegaba los ojos á pesar del cansancio que domaba su cuerpo. Intranquilo se revolvió sobre el jergón; fumaba nerviosamente cigarrillo tras cigarrillo, y veía con sus ojos calenturientos, con mirada leoniana, cómo caían sobre la paja del piso, á intervalos, desde su cigarro encendido, las pequeñas cenizas candentes.

Y así reflexionaba:

---Me ha dominado, sí; hay un ángel en el alma de ese hombre que vence al demonio que reside en mí. Y me faltará esta noche el valor suficiente para robar, para atropellar, para asesinar...

Sin embargo, se levantó del catre cautelosamente á media noche, en la sombra. Salió descalzo del pajaro y á tientas anduvo por la casa: su mirada furtiva escrutaba con ahinco, en

busca de un resquicio de claridad lunar que le orientase, con el anhelo de hallar un mueble cerrado que violar, un cajón que abrir, algo que hurtar para marcharse y ser rico un día por lo menos...

Nada halló. Llegó á la puerta cerrada de un dormitorio y acechó: pudo oír la respiración tranquila del capataz y de la mujer, que dormían, por las trazas, con un sueño felicísimo y tranquilo. Al forastero le latió el corazón.

—¡Qué diablo!, pensó. ¡Si parece que tengo una máquina en el pecho! ¡Malhaya!..

Se apartó de la puerta. En dirección opuesta anduvo á ciegas dos pasos y tropezó: un gato bufó y salió corriendo.

Acobardado el malhechor corrió, tropezando, convulso, llegó á la puerta, la abrió... Se fué.

V

Se levantó de madrugada el honrado Marcelino, registró detenidamente la casa, advirtiendo con sorpresa que el caminante no estaba...

—Oye, le dijo á su mujer al regresar después al dormitorio.

—¿Qué?

—Esta noche ponle una lamparilla á la Virgen. Hemos nacido...

De su pecho escapó un suspiro magnífico de orgullo. Hay auroras boreales en el alma.

La felicidad es una sensación que boga, que mariposea: dichosos los corazones que le sirven de flor, de regalo, de cáliz.

F. DE LA ESCALERA.

Dibujo de Mas y Fondevila.

LOS CANDIDATOS A LA PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA DE LOS ESTADOS UNIDOS DEL NORTE DE AMÉRICA.

Aun cuando faltan todavía algunos meses para la

general, profesor de Derecho de su ciudad nativa y gobernador general de Filipinas. Es hombre de gran talento, activo y laborioso, y en su programa se ha declarado contrario al desarrollo de los grandes trusts y á los derechos aduaneros exagerados.

Su contrincante, Jennings Bryan, que ya lo fué dos veces de Mac Kinley, nació en Salem (Illinois) en 1860, estudió Derecho en Chicago, ejerció la abogacía en Jacksonville desde 1883 á 1887, estableciéndose luego en Lincoln (Nebraska). Es enemigo del imperialismo y de los trusts, que ha combatido rudamente en los periódicos por él fundados *The Commoner* y *Omaha World Herald*.

Aparte de éstos hay otros varios candidatos que cuentan también con grandes elementos, pero Taft y Bryan serán sin duda los dos entre los cuales se decidirá la lucha.

Dícese que se presentará á la reelección Roosevelt; pero, según parece, éste sólo aceptaría por tercera vez la presidencia en el caso de que fuese elegido por unanimidad, lo que no es probable, ya que

aun en el mismo partido republicano al cual pertenece ha producido cierto descontento y desconfianza la severa conducta últimamente seguida por él contra los trusts.

ARQUILLA REGALADA

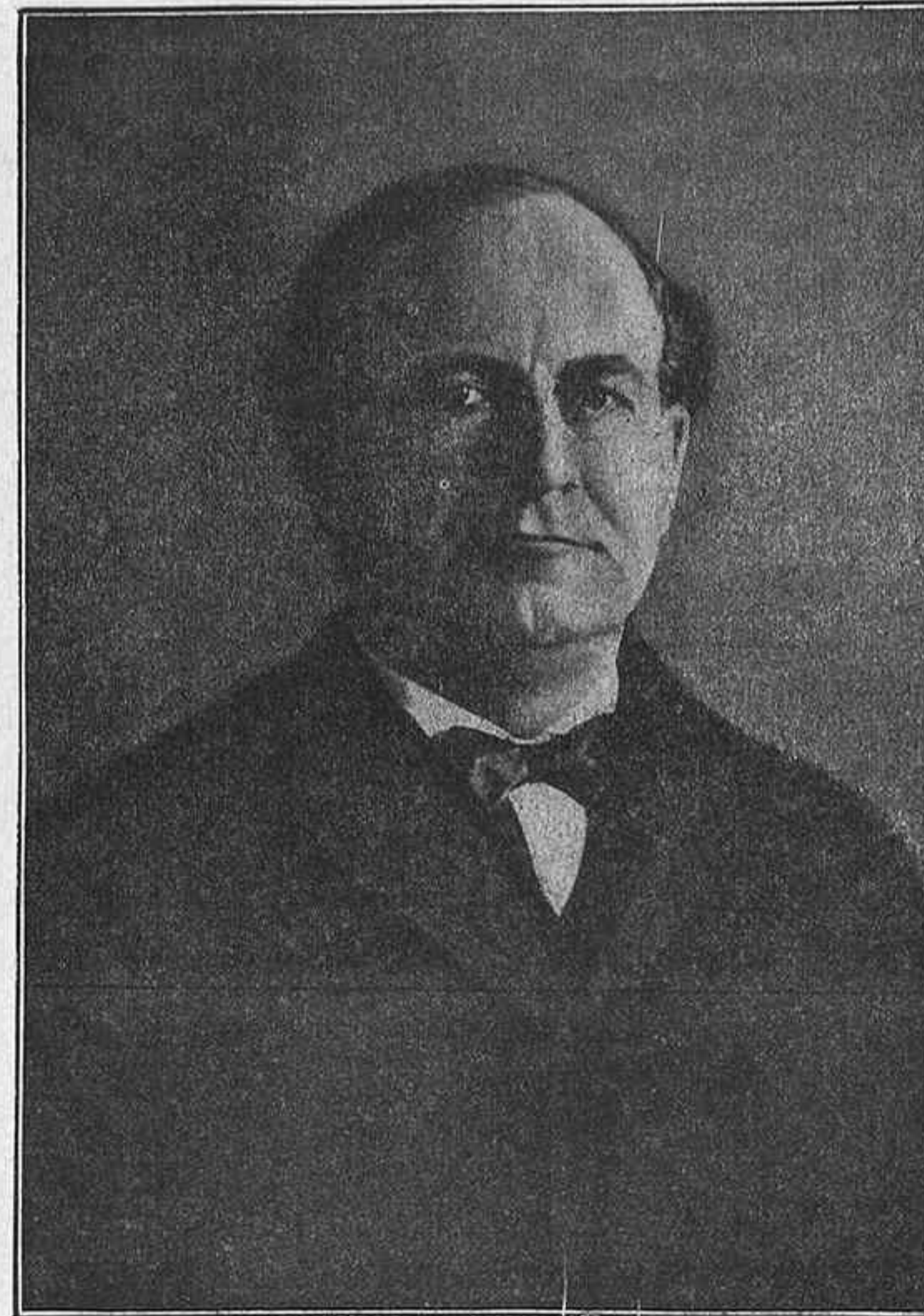
AL EMPERADOR DE ALEMANIA POR LA CORPORACIÓN DE LA CITY DE LONDRES

En su reciente viaje á Inglaterra, han visitado Guillermo II y su esposa á la Corporación de la City, que les obsequió con un almuerzo. El lord-mayor, á la llegada de los soberanos al Guildhall, entrególes un mensaje de salutación, redactado en las frases más afectuosas y expresivas, y al final del banquete les dedicó un brindis entusiasta, al que respondió con otro no menos entusiasta el emperador alemán.

El mensaje entregado á éste va encerrado en una arquilla de tanta riqueza como valor artístico; es de oro y piedras preciosas, de estilo renacimiento alemán, y ostenta varias estatuitas admirablemente modeladas, águilas imperiales, escudos y las iniciales del emperador, las vistas, en esmalte, del Guildhall, de la Mansion House, de la catedral de San Pablo y del puente de la Torre. En una de las caras se lee: «La corporación de la City de Londres á S. M. imperial. Londres, 13 de noviembre de 1907.»



GUILLERMO HOWARD TAFT
candidato del partido republicano

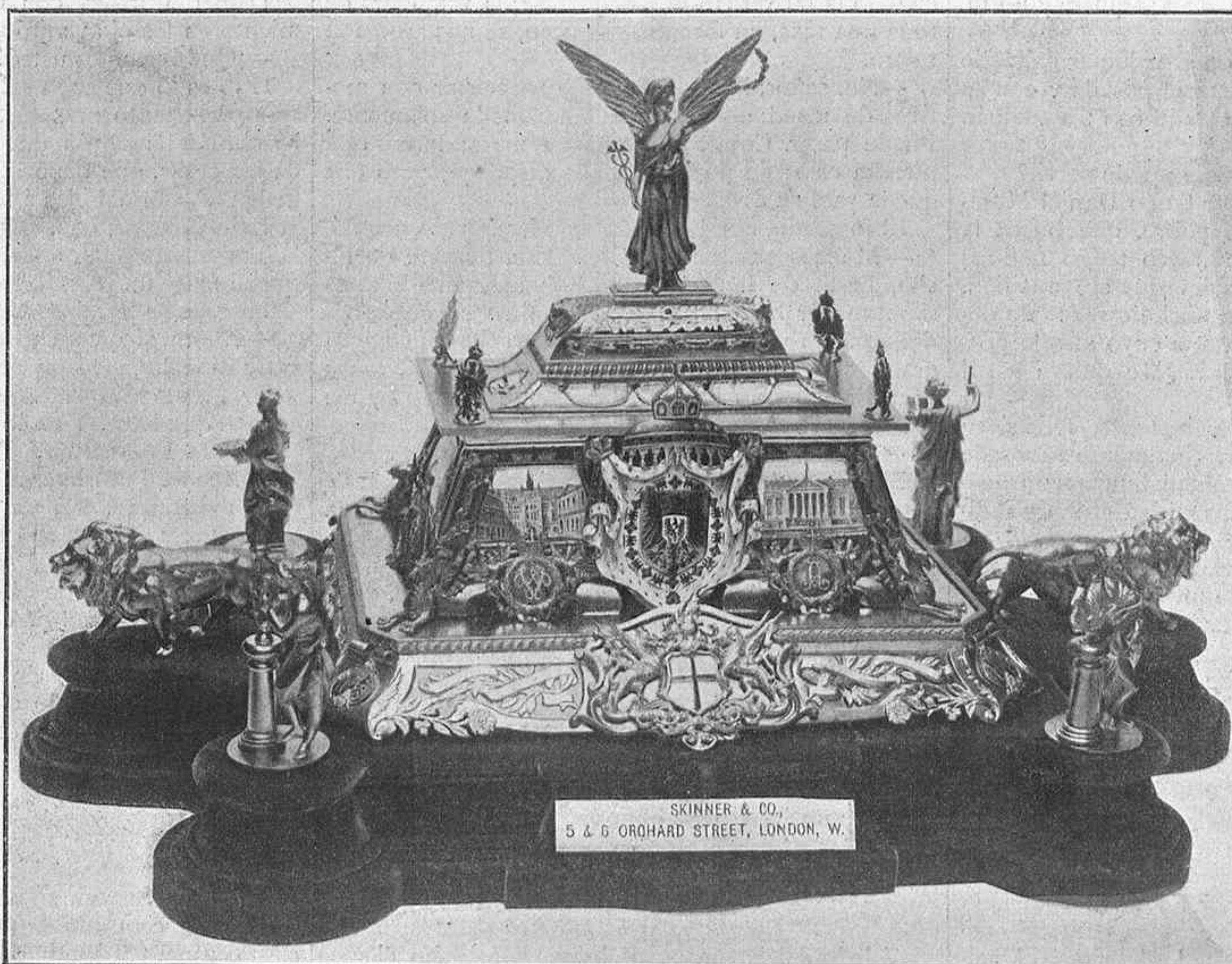


GUILLERMO JENNINGS BRYAN
candidato del partido democrático

La próxima elección á la Presidencia de la República de los Estados Unidos de América

reunión de las convenciones nacionales de los dos grandes partidos que desde larga fecha se disputan el predominio en el gobierno de la república americana, convenciones cuyo resultado anticipa el de la elección definitiva del presidente, ya se indican los nombres de los dos candidatos que cuentan con más probabilidades de éxito. Esos candidatos son Guillermo Howard Taft, por el partido republicano, y Guillermo Jennings Bryan por el democrático.

Taft, actual secretario de la Guerra y protegido del presidente Roosevelt, es un *gentleman* en toda la extensión de la palabra y cuenta cincuenta años. Nació en Cincinnati; ha sido periodista, juez, *solicitor*



Arquilla de oro regalada por la Corporación de la City de Londres al emperador de Alemania durante el viaje recientemente realizado por éste á aquella capital. (De fotografía de Halftones.)

Brujas.—Exposición del Toisón de Oro



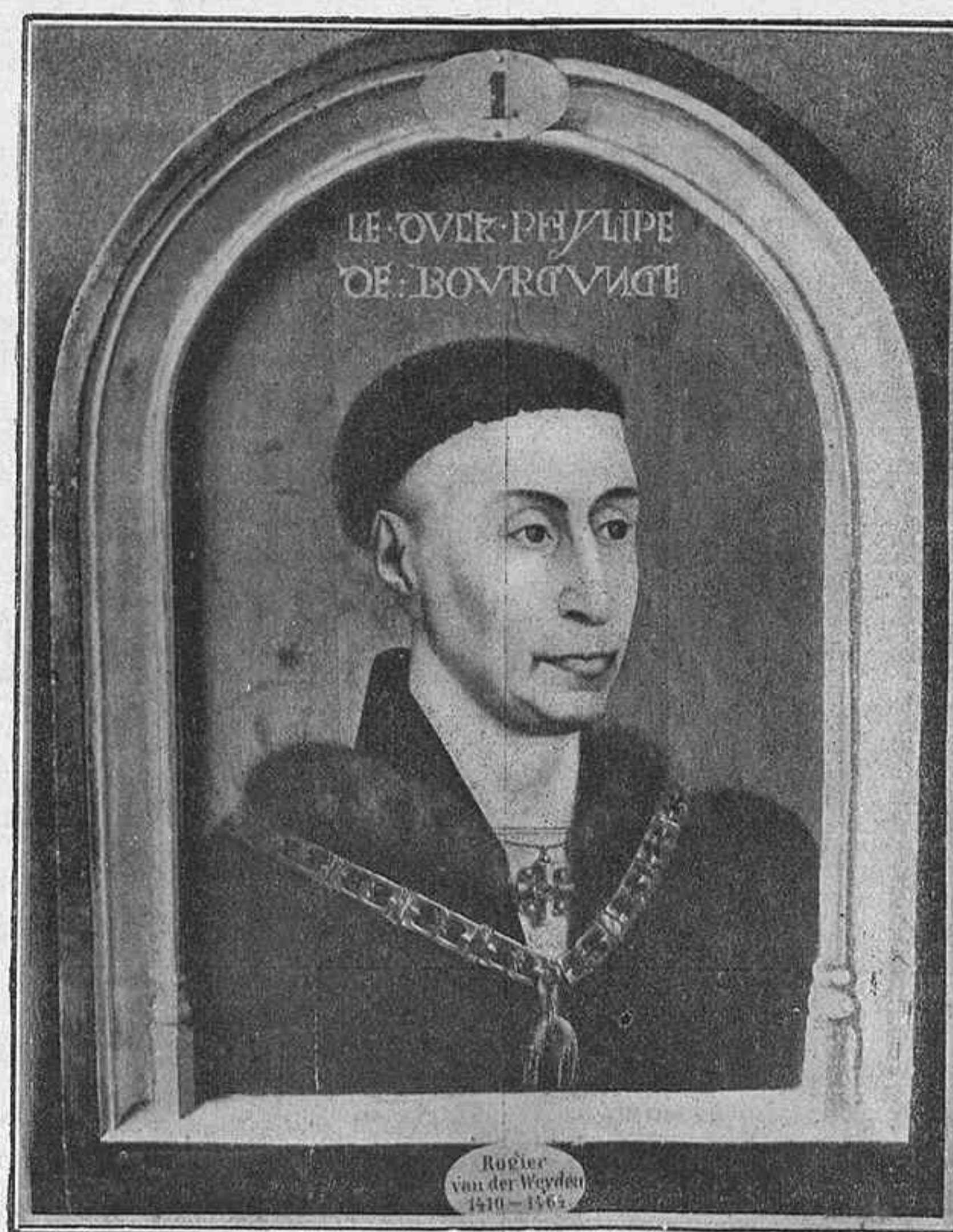
Margarita de Borgoña, obra de Barend van Orley
(Museo de Amberes)



La Virgen y el Niño, centro de un tríptico de Juan van Eyck
(Colección Widwer, Filadelfia)



Diego de Valmayor de Alcántara, obra de Pantoja de la Cruz
(Museo del Ermitage, San Petersburgo)



Felipe el Bueno, duque de Borgoña, obra de Roger van der Weyden.
(Museo de Bruselas)

CUADROS DE PINTORES CÉLEBRES QUE FIGURARON EN LA EXPOSICIÓN

LA TRANSMISIÓN TELEGRÁFICA DE LAS FOTOGRAFÍAS

Nuestros lectores recordarán sin duda los brillantes experimentos que hace algunos meses realizó en París el sabio profesor muniquense Sr. Korn con su aparato para la transmisión de las fotografías á grandes distancias, experimentos de los que nos ocupamos en el número 1.302 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Con el invento de Korn, la telefotografía era un hecho y la ciencia alemana había alcanzado un gran triunfo; pero era un triunfo más bien de laboratorio que práctico, porque el empleo del selenio ofrece algunos inconvenientes y no es un agente del todo seguro. Además, el mecanismo de la telefotografía por el sistema Korn es en extremo voluminoso y complejo, y su disposición y manejo no está al alcance de todo el mundo.

Hace pocos días, un joven ingeniero francés, que no cuenta más de treinta años, M. Eduardo Belin, presentó ante una reunión de sabios, escritores y directores de periódicos un aparato prodigiosamente sencillo y que transmite las imágenes sin ayuda del selenio, por la simple combinación de auxiliares eléctricos y fotográficos, de un manejo tan fácil y tan racional, que cualquiera en cinco minutos puede ejecutar la transmisión ó la recepción de una imagen.

El invento de M. Belin es de importancia suma y honra en alto grado al ingenio de su autor: el de Korn era más bien teórico; el suyo es eminentemente práctico.

El sistema de M. Belin lleva á la transmisión y á la recepción un isocronismo perfecto, que se comprende sin necesidad de grandes conocimientos, y su nombre de *telestereógrafo* sintetiza todo lo que significa, es decir, el empleo del telégrafo y el del relieve en la manera de tomar la imagen.

En efecto, todo el secreto de la operación está en la aplicación del relieve que presentan los clisés fotográficos tirados en gelatina bicromatada, análogas á las pruebas tiradas al carbón. Los aficionados á la fotografía saben que esos clisés tienen relieves debidos á los espesores de la gelatina en los sitios impresionados por el sol: los negros ofrecen relieve, los blancos forman huecos y las medias tintas ocupan alturas diversas.

La imagen que ha de transmitirse hállase constituida por un clisé positivo ó negativo trasladado con su papel soporte á un cilindro movido por un pequeño motor eléctrico y que gira con una velocidad graduable. Al mismo tiempo, pero con una velocidad seis veces menor, gira un tornillo de un milímetro de vuelta

que, en su rotación, hace avanzar una tuerca, la cual gobierna una punta de zafiro ó rubí que con suma

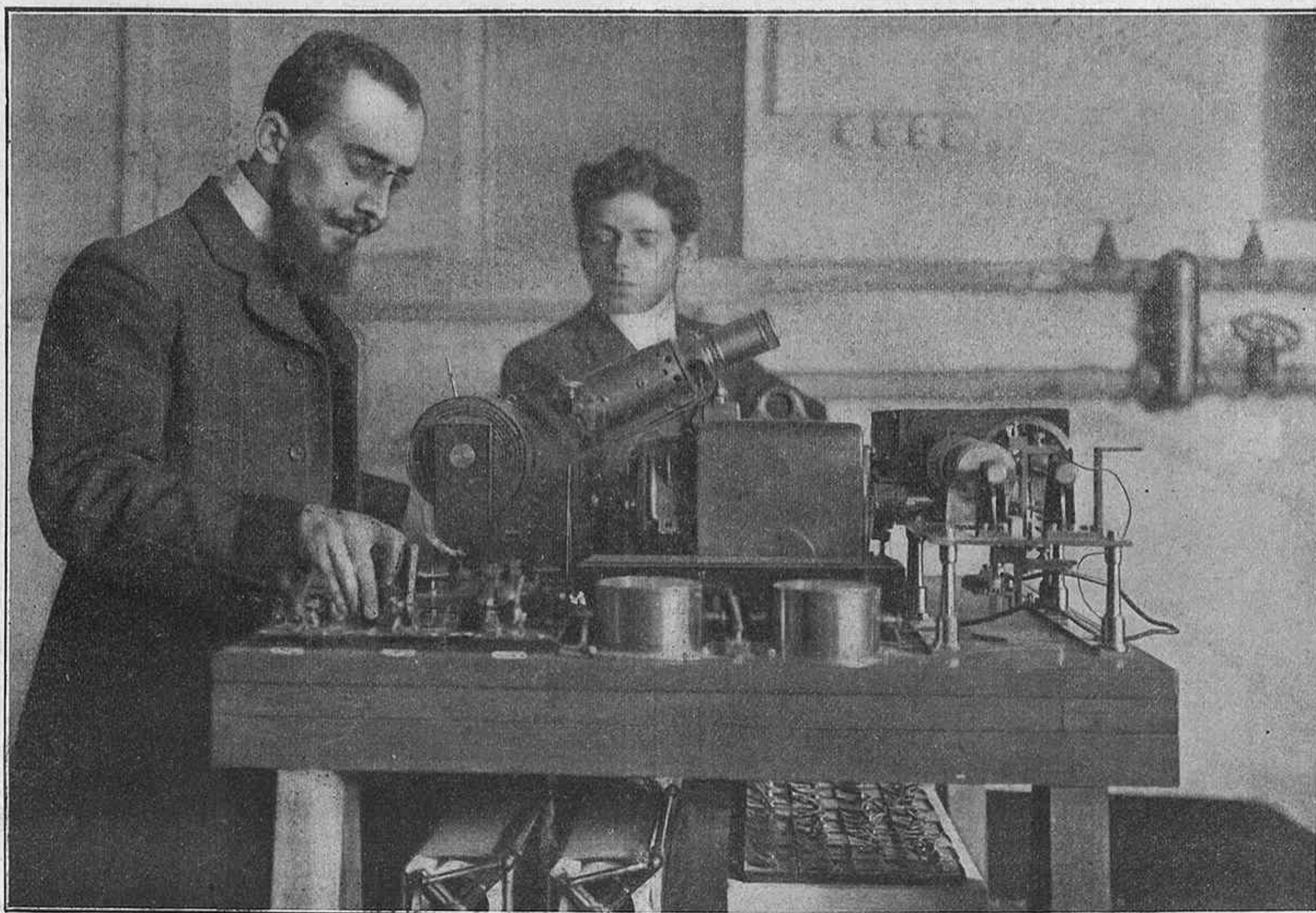
delicadeza roza la superficie de la gelatina, trazando en ella esferas que no dejan escapar nada de los huecos y relieves. La punta mágica produce vibraciones que su palanca amplificadora, permitiendo, al par, que varíen de intensidad, según la impresión de los contactos de la piedra preciosa exploradora. Esas variaciones son proporcionales á los relieves y, por ende, á las tintas del clisé. Esto es lo que hace que la imagen se transmita por el alambre telegráfico á millares de kilómetros, en vibraciones que un oscilógrafo, el del eminente ingeniero Blondel, traslada á un espejo minúsculo.

En ese espejo es en donde el milagro se realiza. Cada claridad, al pasar por él, impresiona, por un orificio

imperceptible practicado en la cámara obscura que lo oculta, un papel sensible que da vueltas en el aparato receptor con la misma velocidad y de la misma manera que la imagen en el aparato transmisor. Y esas luces y esas sombras que el oscilógrafo determina en el espejo dan, trazo por trazo, el dibujo que se quiere reproducir en sus diversas tonalidades, transmitiéndose de este modo en menos de un cuarto de hora una fotografía de 13x18.

Todo se realiza automáticamente y el aparato construido por J. Richard, según los planos de M. Belin, es de una sencillez admirable. Los sabios que lo vieron funcionar en el laboratorio de la Sociedad de Fotografía consideran resuelto el problema que Korn había prometido resolver; y las pruebas hasta ahora obtenidas á distancias ficticias hasta de 2.000 kilómetros parecen darle la razón, sobre todo la que adjunta reproducimos, en la que, además de las dificultades naturales, ha tenido que vencerse la que suponía la reproducción á larga distancia de un paisaje, cosa que consideraban imposible los mismos que admitían la posibilidad de reproducir retratos. La fotografía representa al inventor del sistema leyendo en su jardín.

El aparato de Belin permite obtener la prueba transmitida en negativo ó en positivo, según sea ella positiva ó negativa respectivamente, bastando para ello disponer la gama de tintas en uno ú otro sentido para que el haz luminoso sea impresionado de un modo directa ó inversamente proporcional á las intensidades de las corrientes y, por ende, de los matices transmitidos. También permite recibir una prueba perfecta de un clisé demasiado débil ó demasiado intenso, graduando las gamas, y conseguir ampliaciones, para lo cual basta reemplazar el cilindro receptor por otro de mayores dimensiones.—P.



M. Eduardo Belin manejando el telestereógrafo, aparato de su invención para la transmisión de fotografías á grandes distancias. (De fotografía de F. Hutin.)



Prueba fotográfica reproducida á una distancia de 2.000 kilómetros y que representa á M. E. Belin leyendo en su jardín. (De fotografía.)

EL DUQUE DE LOS ABRUZZOS EN BARCELONA

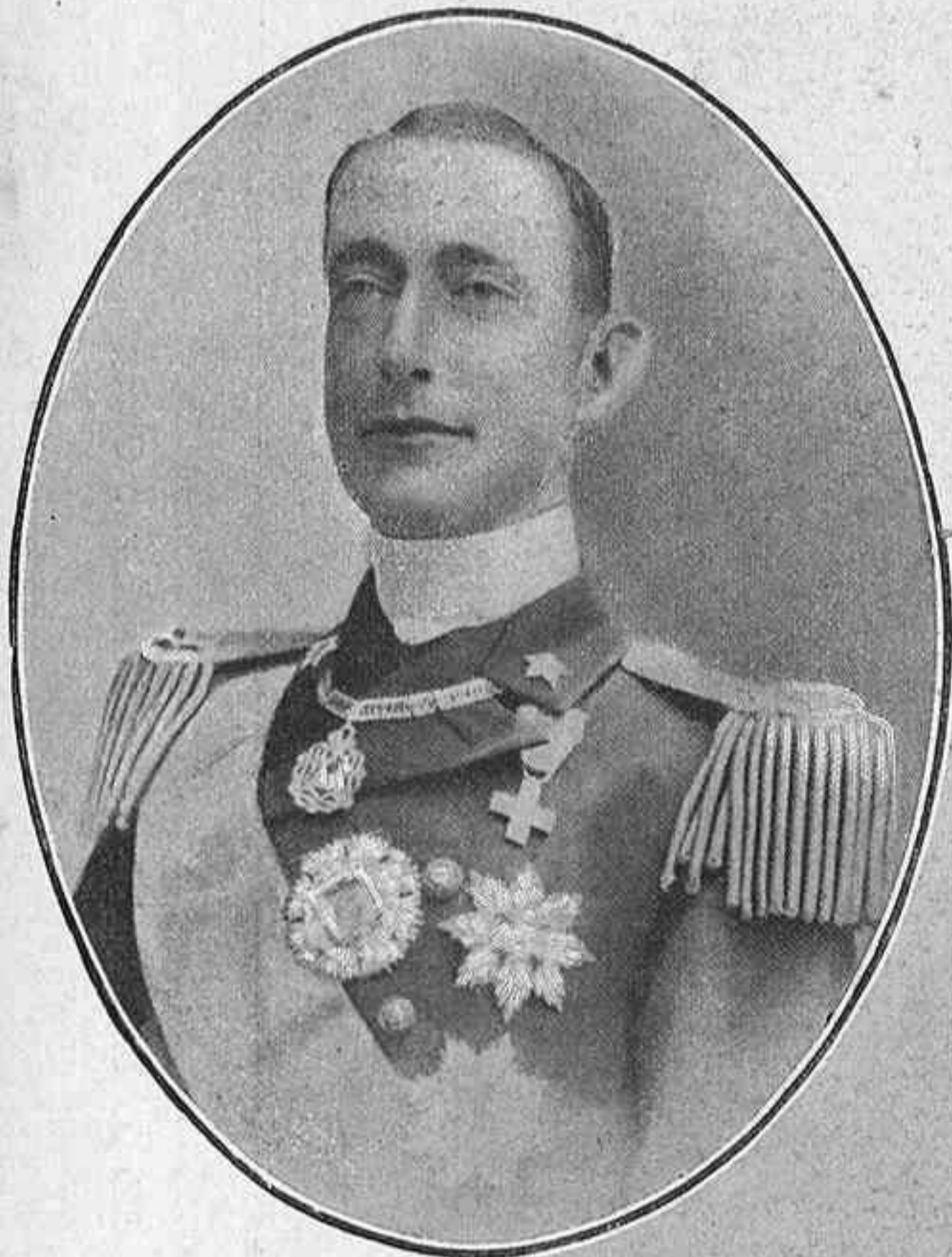
A bordo del acorazado *Regina Elena*, del cual es comandante, llegó en la tarde del 17 á esta ciudad el duque de los Abruzzos, hijo del rey de España

casco es de acero y está protegido por un blindaje de 200 milímetros en las torres y baterías de reducto, de 250 en la cintura y de 37 en el puente. Monta 38 cañones: dos de 30'5 centímetros en sus torres de proa y popa; doce de 20'3 en sus baterías, y distribuidos en otros sitios, doce de 75 milímetros y otros tantos de 47. Lleva además cuatro tubos lanza-torpedos.

Este es el primer viaje que el *Regina Elena* realiza al extranjero, siendo nuestro puerto el primero en que ha fondeado fuera de Italia. Sólo ha tomado parte en las maniobras navales efectuadas á primeros de octubre en Spezzia y en las que llevaba á bordo al rey Víctor Manuel II.

y la segunda en 1902, cuando mandaba el crucero *Liguria*.

A pesar de su juventud, el duque de los Abruzzos se ha conquistado un nombre ilustre en el mundo científico. Aparte de su pasión por la carrera de marino que con tanta brillantez ha seguido, su afán de aventuras inspiradas en el amor á la ciencia, le ha hecho preferir á las comodidades y á los placeres cortesanos el exponer su vida para contribuir al lustre científico de su patria. Llevado de este espíritu emprendedor, realizó en 1899 y 1900 á bordo del *Stella polare* la memorable expedición al Polo Norte, en la cual consiguió, después de grandes penalidades y trabajos, plantar la bandera italiana 26' más allá del



El duque de los Abruzzos

Amadeo, y primo hermano, por consiguiente, del rey de Italia. Apenas fondeó el buque, el numeroso grupo que había en la escollera y las personas que ocupaban las embarcaciones que rodeaban al acorazado saludaron con un nutrido aplauso al duque, que se hallaba en el puente del barco.

La estancia del ilustre marino en nuestra capital ha sido muy breve; sólo dos días ha permanecido el duque entre nosotros, y durante ellos apenas ha hecho más que recibir y devolver las visitas de las autoridades y dar algunos cortos paseos por Barcelona, habiéndose negado á aceptar los obsequios que en su honor disponía el Ayuntamiento porque, según dijo, no podía distraerse un momento de sus deberes de comandante del *Regina Elena*.

La víspera de su marcha obsequió con un almuerzo en el acorazado al alcalde, gobernador civil, capitán general, cónsul y vicecónsul de Italia; al final, pronunció el duque sentidas frases brindando por la prosperidad de España, por los reyes y por Barcelona.

El capitán general contestó á ese brindis con otro dedicado á los soberanos de Italia y á la prosperidad de aquella nación.

El *Regina Elena*, de reciente construcción, es el acorazado italiano de mayor tonelaje que ha visitado nuestro puerto. Desplaza 12.600 toneladas, tiene 144 metros de eslora, 23 de manga y 8'90 de puntal; sus máquinas desarrollan una fuerza de 20.000 caballos, dando al barco una velocidad de 22 millas por hora, y sus carboneras son capaces para 2.000 toneladas de combustible. Su

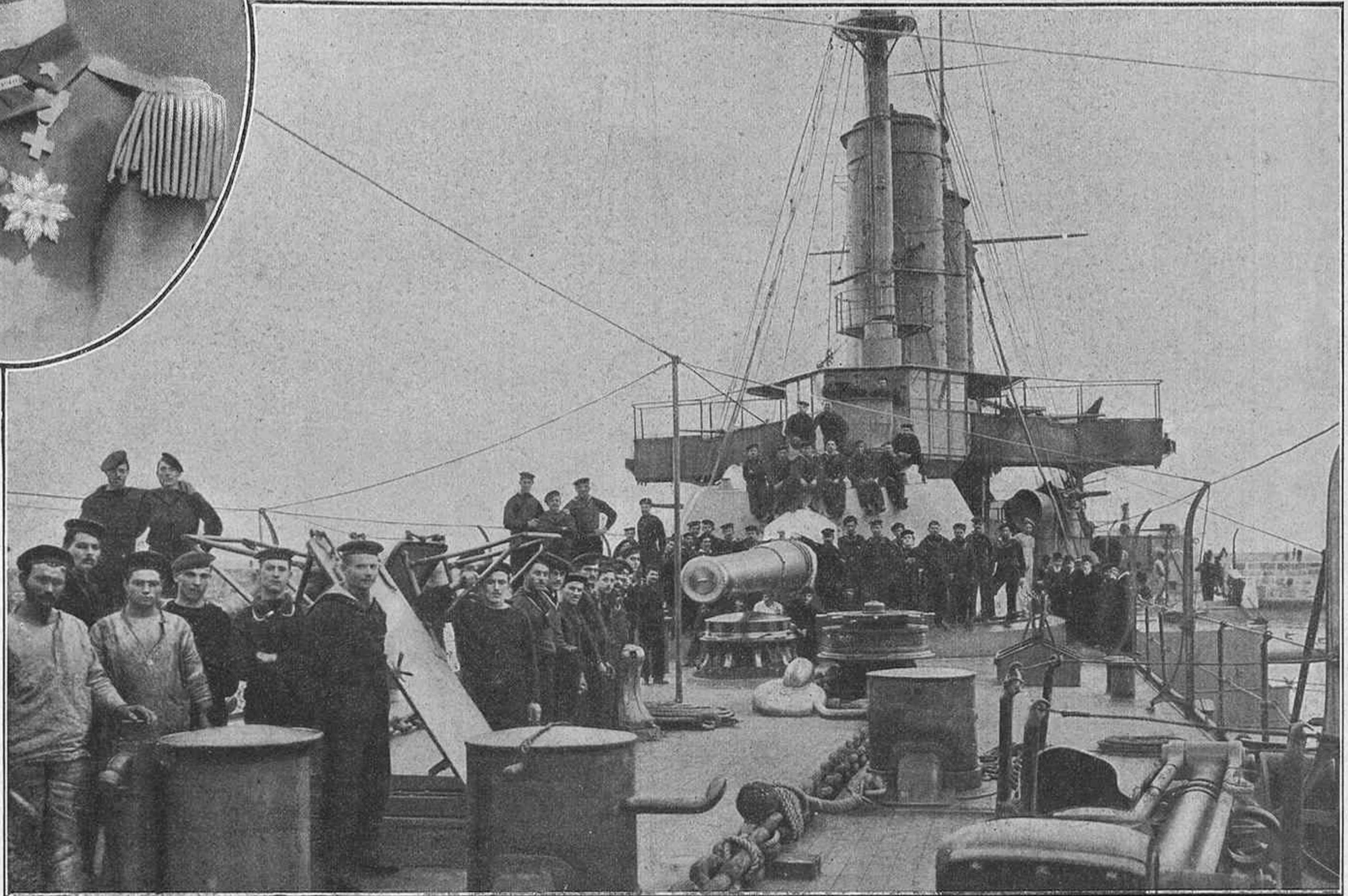
era guardia marina en uno de los buques de la escuadra que vino con motivo de la Exposición Universal,

punto adonde había llegado el famoso Nansen, escribiendo con ello el nombre de Italia en la página hasta entonces más gloriosa de los anales de la conquista del Polo. La conferencia que, á su regreso, dió en el

Colegio Romano, en presencia de los reyes de Italia, de los representantes de la nobleza, de los altos dignatarios y de las más altas personalidades del mundo científico, artístico y literario, fué un acontecimiento de solemnidad excepcional.

No contento con el éxito de su primera empresa, acometió el año pasado la no menos difícil y atrevida de ascender á las más altas montañas del Africa, á las inexploradas cumbres del Runssoro y del Ruvenzori, ascensión que efectuó, no como simple turista, sino como sabio, logrando determinar la altitud exacta de aquellas y estudiándolas bajo todos los aspectos científicos. Los resultados de aquella exploración los expuso en una magnífica conferencia en inglés que dió en la Sociedad Geográfica de Londres, ante el rey Eduardo VII, el príncipe de Gales y un público

numeroso de eminentes sabios, que tributaron una ovación entusiasta al joven é ilustre explorador.—R.



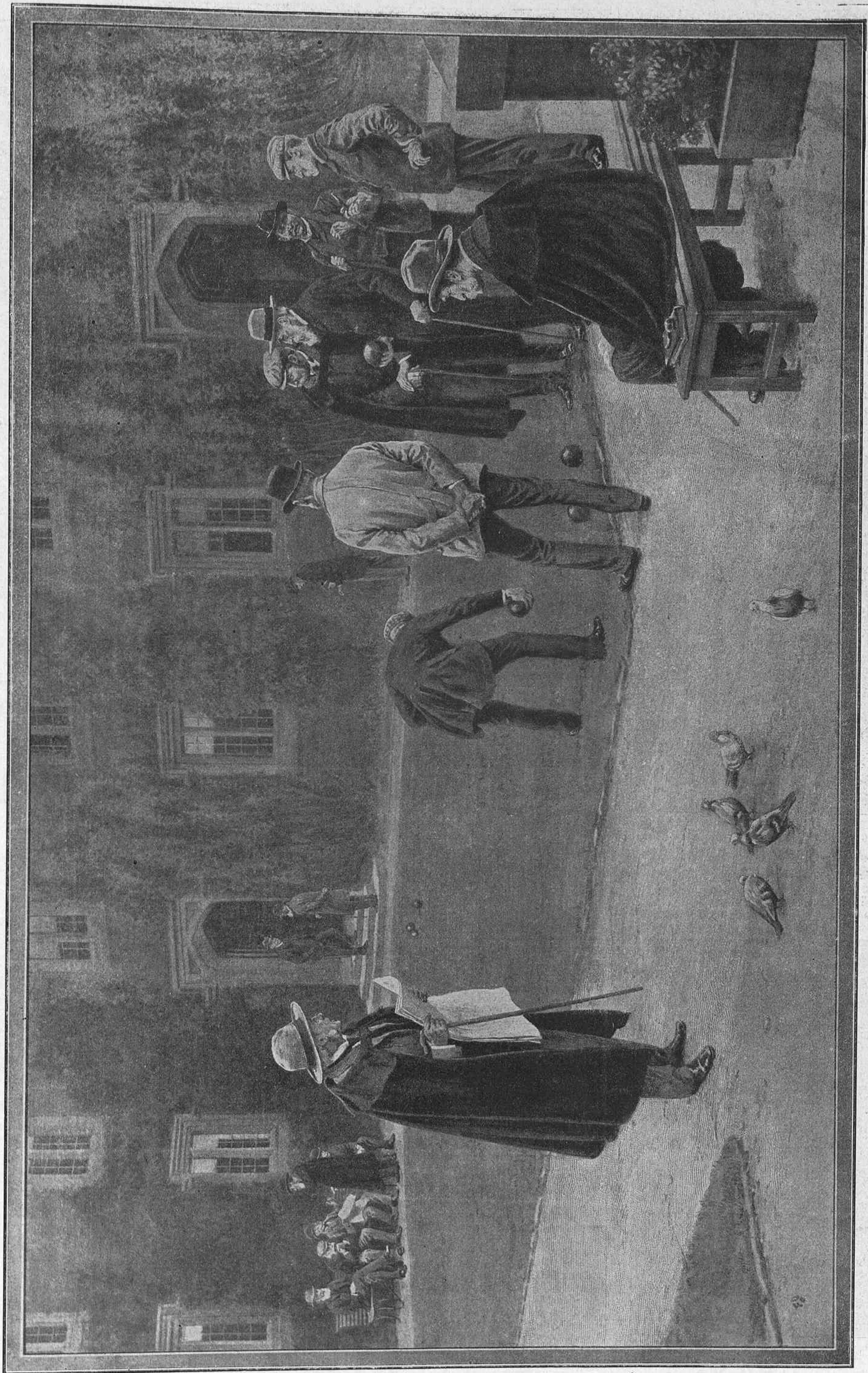
Barcelona.— El acorazado italiano «Regina Elena,» que manda el duque de los Abruzzos y que recientemente ha visitado nuestro puerto. (De fotografía de A. Merletti.)



Barcelona.— El duque de los Abruzzos dirigiéndose al desembarcadero de la Paz (De fotografía de A. Merletti.)



ANCIANOS DEL ASILO DE CHELSEA (INGLATERRA) EN LA HORA DE RECREO EN EL JARDÍN, dibujo de Francisco Craig



EN EL ASILO DE CHARTERHOUSE (INGLATERRA). UNA PARTIDA DE BOLOS EN LOS JARDINES, dibujo de Francisco Dadd

UN PLEITO SENSACIONAL EN LONDRES

LA HERENCIA DEL DUQUE DE PORTLAND

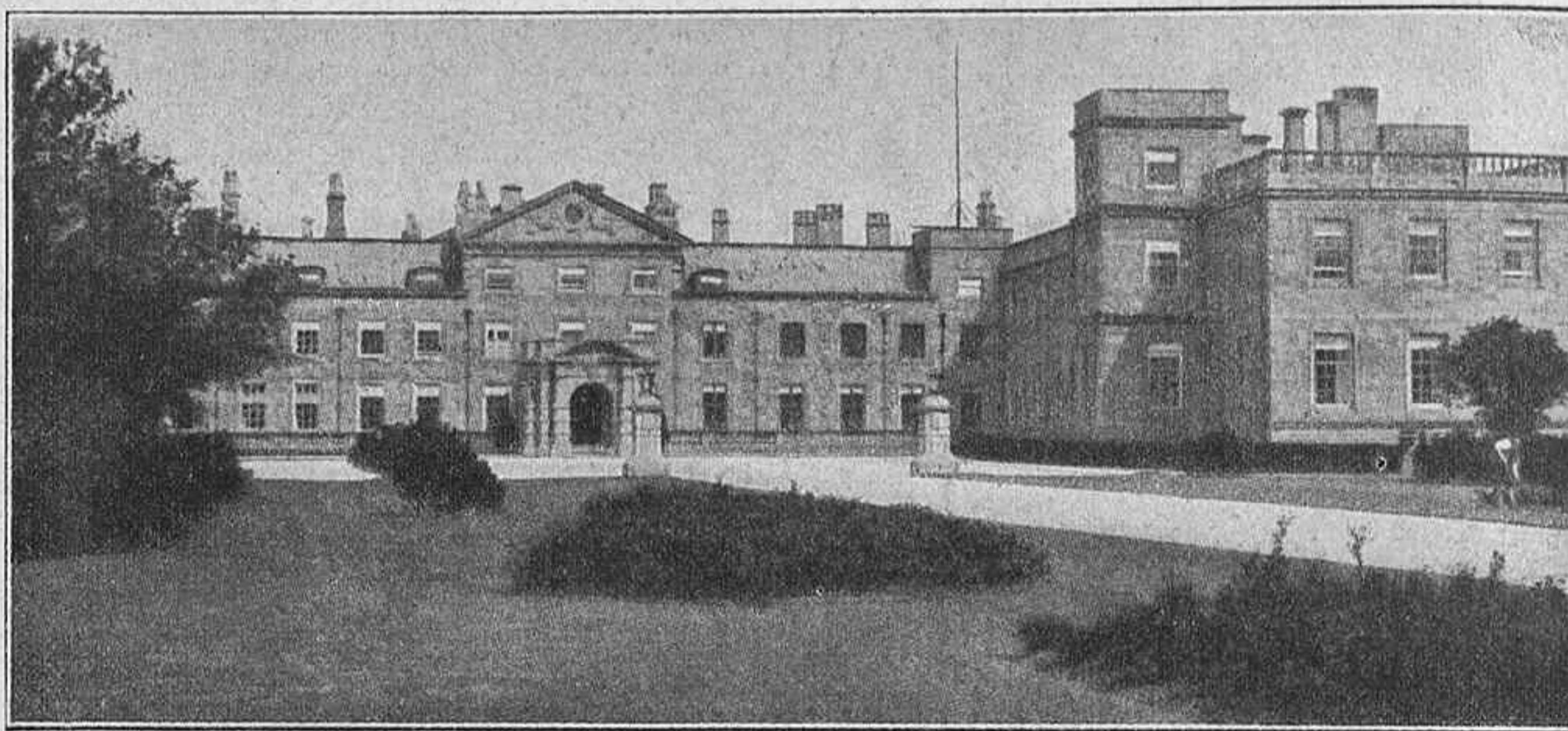
Actualmente se está viendo en la capital de Inglaterra un pleito que parece una novela de folletín y que atrae el interés de la aristocracia londinense, por la índole de la cuestión que en él se debate, de la cuantía de los intereses que en él se ventilan y por la calidad de los personajes que en él intervienen. Hay en él de todo; grandes señores de fabulosa opulencia que viven en regios palacios; gentes humildes que les disputan esos palacios y esas riquezas; un duque al que se supone una doble existencia de magnate y de tendero; historias de amor y de sangre; episodios pintorescos, es decir, cuanto puede herir la imaginación del público.

Al Norte del condado de Nottingham, en una comarca fértil y hermosa, alzáse la abadía de Welbeck, residencia de los duques de Portland, fundada en el siglo XII por un prior de frailes premostratenses. Confiscada por Enrique VIII en la época de la Reforma, pasó á poder de la familia de Cavendish, que nada omitió para transformarla y embellecerla. Más tarde, Guillermo de Orange, cuando fué rey de Inglaterra, confirió á su favorito Bentinck el título de duque de Portland; uno de los descendientes de éste casóse con una descendiente de los Cavendish, y de esta suerte la abadía fué propiedad de los Portland, cuya fortuna creció de día en día. En el siglo XVIII, esa ilustre familia dió ministros á Inglaterra y virreyes á Irlanda, y así llegamos al siglo XIX, al quinto duque de Portland, el principal personaje de la historia que vamos á narrar.

Ese duque se pasaba la vida debajo de tierra, para lo cual hizo practicar inmensos y suntuosos subterráneos en toda la abadía, así como en sus parques y jardines, empleando en tales trabajos 1.500 obreros y gastando en ellos en un solo año 500.000 duros. En aquellas catacumbas hay una magnífica galería de cuadros que puede también servir de salón de baile,

rrían acerca de él las más extrañas leyendas, á lo que contribuía él mismo con su extraña conducta. Sus criados recibían por escrito la orden de ponerle las comidas en tal ó cual punto

postizas. Además, las manías y las costumbres de ambos eran idénticas; uno y otro tenían la misma enfermedad cutánea y sentían igual aversión por la sociedad. Mucha gente, al pare-

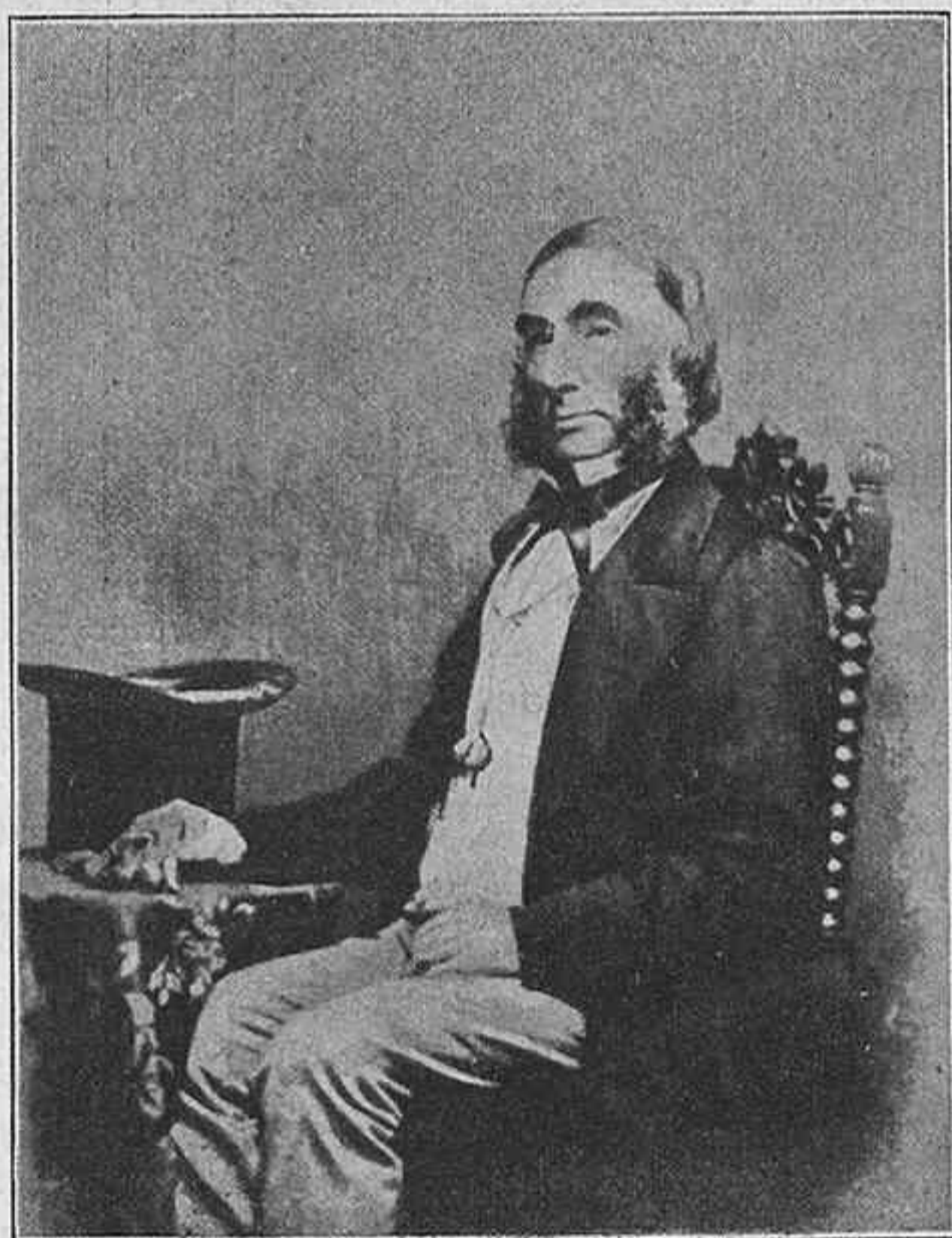


EL CASTILLO DE WELBECK (antigua abadía) propiedad del duque de Portland. (De fotografía.)

de su vivienda subterránea; jamás le veían, nunca le hablaban y ni siquiera sabían si estaba en Welbeck ó en Londres ó en otra parte.

Su magnífico palacio de Londres, Harcourt-House, tenía

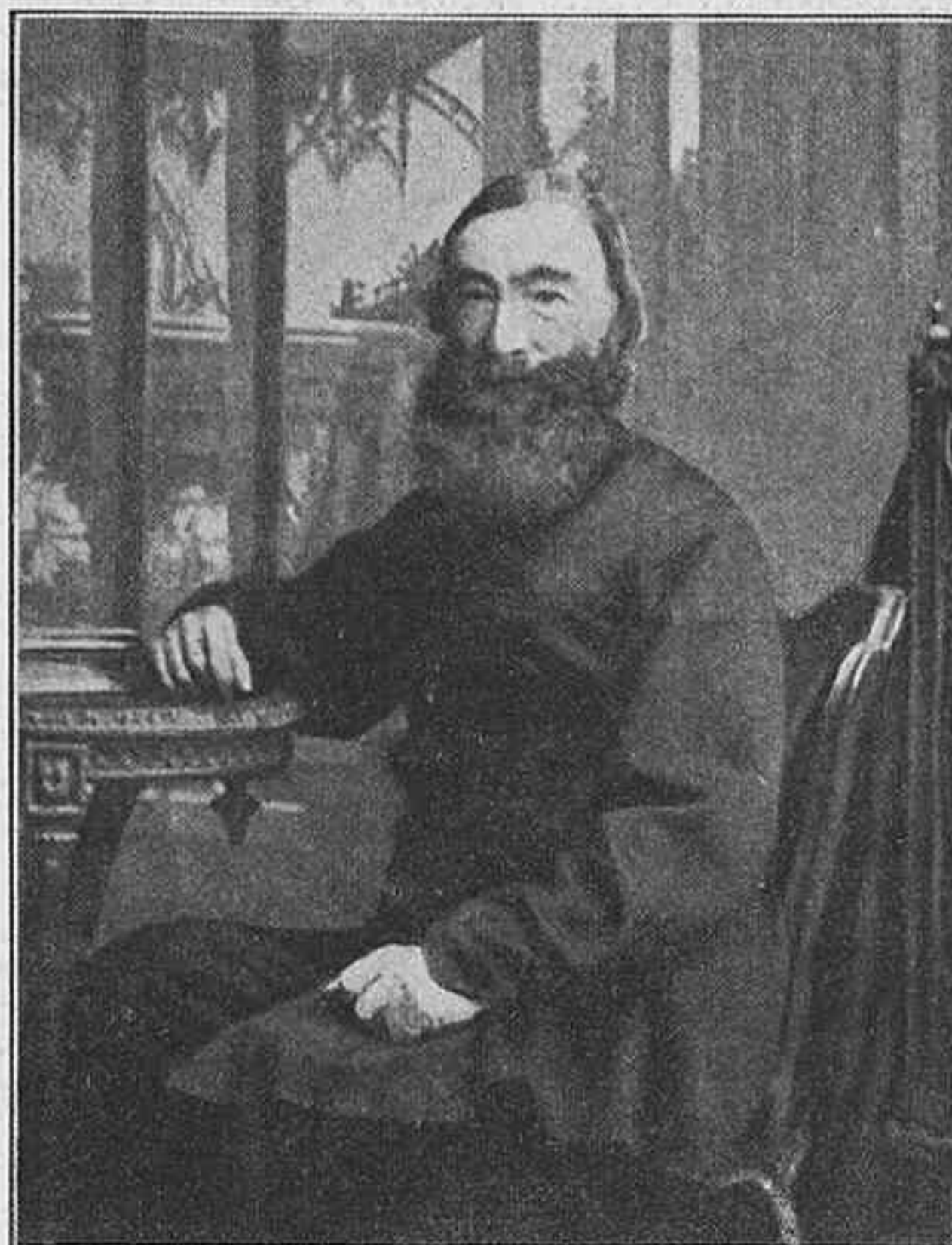
cer, conoció esa doble existencia, y la señora Hamilton ha declarado que su padre, íntimo amigo del duque, había sido enterado por éste de todo, había asistido á la boda de Druce-Portland con Ana, y le había oído decir, pocos días antes de



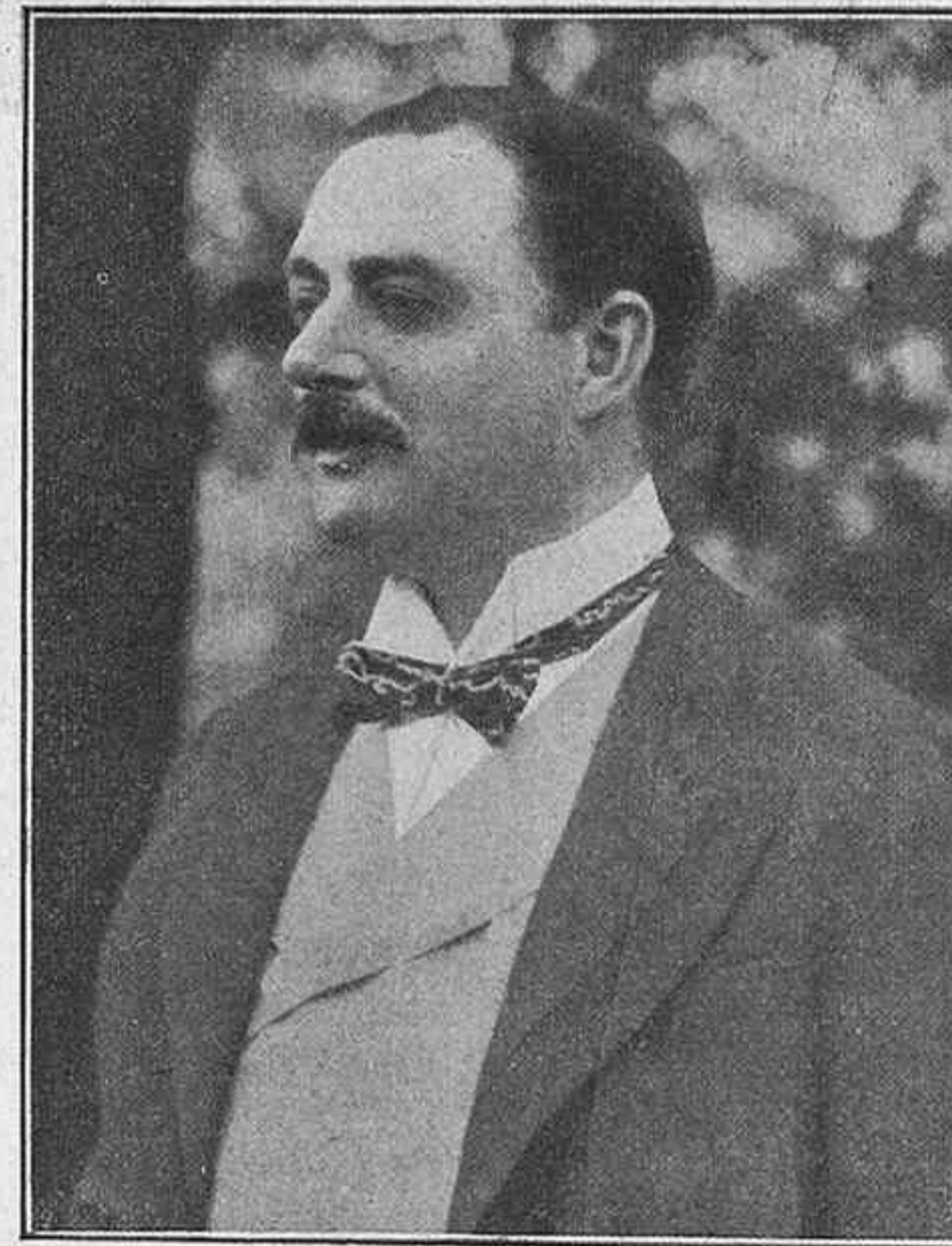
EL QUINTO DUQUE DE PORTLAND

Fotografías presentadas por Jorge Hollamby Druce, pretendiente á la herencia del duque de Portland

(La barba y las patillas supónese que serían postizas y servirían al duque para disfrazar su doble personalidad.)

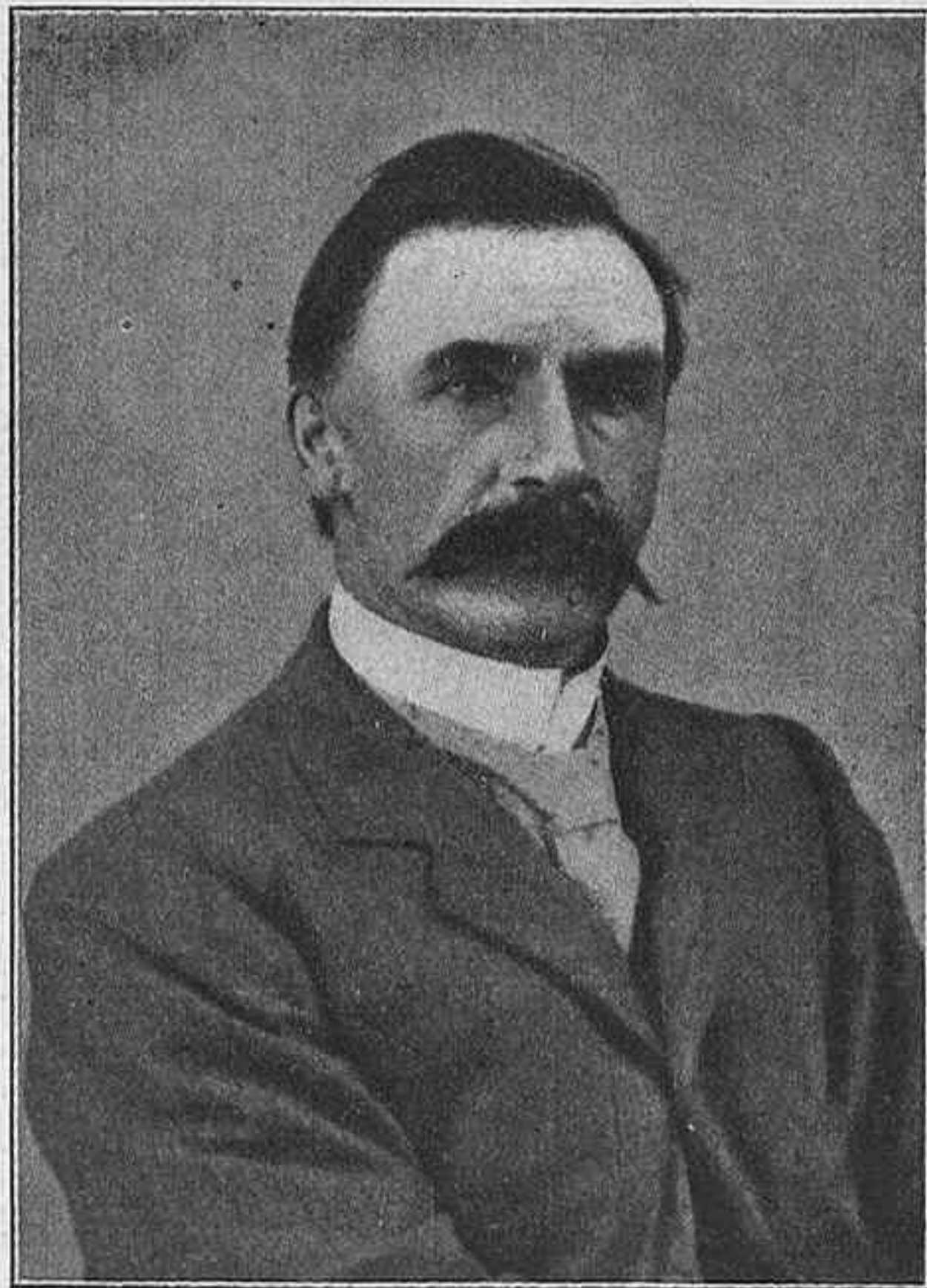


TOMÁS CARLOS DRUCE



EL ACTUAL DUQUE DE PORTLAND. (De fotografía.)

cocinas, salones, dormitorios y corredores anchísimos é inmensamente largos que van á parar á muchos kilómetros del cas-



JORGE HOLLAMBY DRUCE, pretendiente á los títulos y á la fortuna del duque de Portland. (De fotografía.)

tillo. De este modo el duque podía entrar y salir sin que nadie le viera; en la comarca le llamaban el príncipe invisible y co-

catacumbas parecidas á las de la abadía y sus jardines estaban cercados por un muro de cerca de siete metros de alto; uno de sus corredores subterráneos va á parar, según se dice, al bazar de Bake-Street, es decir, al bazar de Druce.

El empeño del duque de no dejarse ver por nadie lo explican algunos diciendo que era porque estaba desfigurado por una horrible enfermedad cutánea; otros lo atribuyen á una misantropía tan aguda, que la simple presencia de uno de sus semejantes le inspiraba horror.

Murió ese hombre extravagante en 1879, y como no tenía herederos directos, su título y su fortuna pasaron á un primo suyo, joven y brillante oficial de la guardia, que es el actual duque.

En 1898 surgieron de pronto en Inglaterra las revelaciones de una señora, Ana María Druce, viuda de Walter Thomas Druce, hasta entonces desconocida, que reclamaba para su hijo, Sydney Druce, la herencia total de los duques de Portland, diciendo que el padre de su esposo, Tomás Carlos Druce, propietario del bazar de Baker-Street, y el quinto duque de Portland eran una misma persona, circunstancia que explica todos los misterios y todas las extrañezas de su vida, sus apariciones y desapariciones repentinas, sus viajes secretos. El bazar de la capital tenía subterráneos como la abadía de Welbeck y el palacio de Harcourt-House, y en ellos vivía el comerciante como en los otros el duque.

Objetóse á esto que Druce, el dueño del bazar, fué enterrado en 1864, según lo atestiguan los registros del estado civil, al paso que el duque de Portland falleció en 1879; pero á esto repuso Ana María que la muerte de Druce fué simulada, pues cuando el duque opinó que aquella existencia doble había ya durado bastante, resolvió hacer morir y enterrar la personalidad de Druce, y que si bien se había efectuado el entierro, en el ataúd no había ningún cadáver y sí únicamente unas cuantas planchas de plomo, lo que podría demostrarse desenterrándolo. No pudo, sin embargo, practicarse esta prueba porque para abrir una sepultura se exige el permiso del propietario, y éste, Herberto Druce, primogénito del tendero, y cuñado, por consiguiente, de Ana María, se negó á darlo, sobornado, según algunos creen, por el duque actual.

Druce y el duque de Portland se parecían extraordinariamente, según afirman varios contemporáneos y según puede verse en los retratos que reproducimos; y aunque el duque llevaba patillas y el comerciante barba, unas y otra podían ser

su muerte aparente, «ahora es preciso que yo muera.» Y aun se dice que, después de aquella muerte aparente, Druce se presentó en el bazar varias veces y que una vieja que lo vió en una de esas ocasiones, creyó ver un fantasma y estuvo á punto de morir del susto.

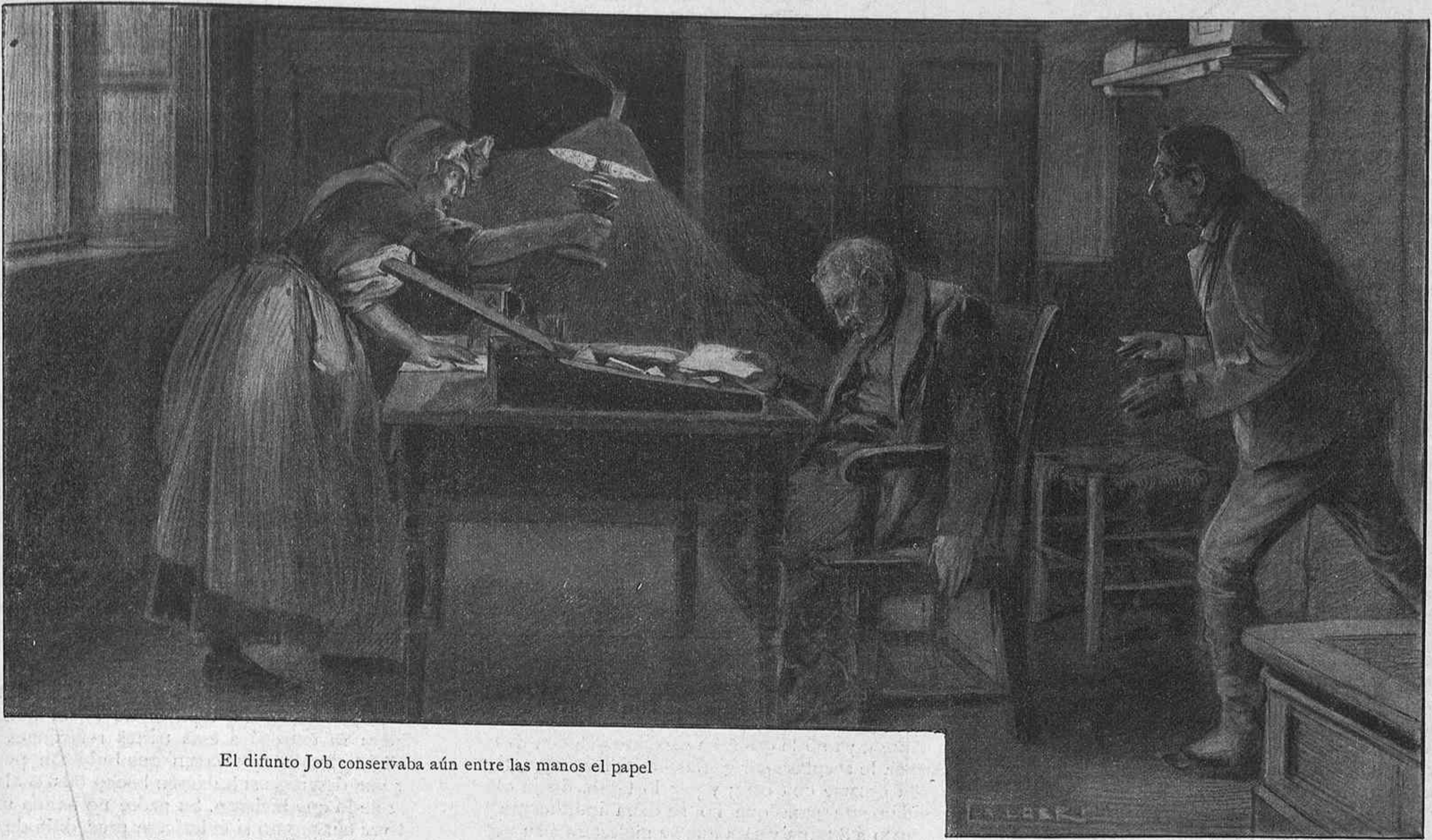
Portland no se casó; en cambio, su otra personificación se casó dos veces, una con Isabel Crikmer y otra con Ana May, hija no reconocida del conde Berkeley. Los que actualmente reclaman la herencia, dicen que precisamente en aquel primer matrimonio hay que buscar la razón de su doble existencia, pues habiéndole negado su padre el consentimiento para casarse con Isabel, de quien él estaba perdidamente enamorado, imaginó crearse otra personalidad, la de Druce, y como tal casarse y fundar el bazar. Muerta su primera esposa, enamoróse Druce de Ana, con la que se casó. Con esta boda quiso relacionarse la muerte repentina de lord Bentinck, hermano del duque; según unos, falleció de un ataque cardíaco; según otros, envenenado, y según algunos, á manos de su hermano, que lo mató en una disputa á propósito de Ana, de la cual estaban enamorados los dos.

El pleito promovido por la reclamación de Ana, vino á complicarse hace tres años con la aparición de un nuevo pretendiente á la herencia, Jorge Hollamby Druce, nieto de Druce-Portland y de Isabel Crikmer. Vivía éste modestamente en Australia, ejerciendo el oficio de carpintero, y habiéndose enterado allí de la demanda de Ana, fuése á Londres á fin de hacer valer su mejor derecho como hijo del primer matrimonio del duque, con lo cual ha quedado descartada la pretensión de Ana María en favor de su hijo Sydney.

El asunto, como se ve, no puede ser más complicado ni más interesante; nada tiene, pues, de extraño que despierte tanto la atención la vista del pleito que se está celebrando estos días.

Quiénes menos preocupados parecen son los actuales duques; y mientras se discuten sus derechos en un litigio del cual puede resultar para ellos la pérdida de sus títulos y de sus cuantiosas riquezas, están obsequiando á los reyes de España, en la misma famosa abadía de Welbeck, con magníficas fiestas. Entre éstas ha sobresalido un suntuoso baile de gala al que han asistido más de mil invitados y en el cual se presentó por vez primera al gran mundo la hija única de los duques, lady Victoria Cavendish Bentinck.

LE BOUQUET DE LA MARIÉE Nouveau Parfum DE VIOLET



El difunto Job conservaba aún entre las manos el papel

LA REINA DEL PRADO

NOVELA INGLESA DE CARLOS GIBBON. — ILUSTRACIONES DE CALDERÉ

(CONTINUACIÓN)

Esto era algo confuso para Susana, pero en resumen le pareció que semejante conducta por parte de Miguel sería muy mezquina, tanto que apenas le podía creer capaz de semejante cosa. Sin embargo, la explicación de Walton tenía mucho de plausible; éste no iba descaminado en sus apreciaciones, y todas las pruebas parecían confirmar su aserto. No dejaba de ser bastante natural que Miguel considerase su casamiento como el arreglo definitivo de todas las dificultades. Susana no había querido nunca autorizar á Miguel para considerarla como su prometida, ni tampoco éste lo pretendió jamás, aunque Job insistía siempre en ello. No obstante, como en las últimas semanas la señorita Holt no protestó ni una sola vez de las repetidas instancias de su tutor para que se efectuase cuanto antes el matrimonio, tal vez Miguel creyera que Susana se sometía. ¿No podía indicar su conducta que más tarde consentiría al fin? De todos modos, el recuerdo del pobre Miguel, que la contemplaba inmóvil al alejarse con su rival, contristábala mucho, y pensó que separarse definitivamente de Hazell le sería más doloroso de lo que ella pensó hasta entonces.

—Si le parece á usted, dijo á Walton después de una larga pausa, nos iremos ya, pues deseo ver cuanto antes al Sr. Patchett.

—Muy bien, prosigamos la marcha de una vez, contestó Walton; pero antes dígame usted si puedo tener alguna esperanza. Creo que hubiera usted preferido permanecer en casa de Miguel, y que está enojada conmigo porque interrumpí su conversación, poniendo término á la entrevista.

—No, usted ha cumplido con su deber, si me considera como amiga, pues por usted he podido descubrir mi verdadera posición. Yo agradezco el favor, aunque siento que haya usted tenido oportunidad de prestármelo. Le profeso á usted una sincera amistad, Sr. Walton, y le hablo ahora con toda la franqueza posible; si esta amistad tiene algún valor á sus ojos, tenga la bondad de no exigirme que le diga más y continuemos nuestro camino.

Jim emprendió el galope casi antes de que Susana acabase de hablar, hostigado por su amo, que con los labios oprimidos y expresión poco satisfecha, fijaba toda su atención en el caballo, como si se tratase de ganar alguna carrera. Había apreciado justamente la conducta de Miguel; pero jamás hubiera creído posible que Hazell se aviniese á renunciar á Susana y á su fortuna, pues no formaba tan buen concepto de la naturaleza humana.

Quando llegaron á la puerta de la casa del abogado, Walton ofreció la mano á Susana para que se apease y dijo á ésta apresuradamente:

—Si habla usted con el Sr. Patchett, puede advertirle que mis informes proceden de la copia de una carta del anciano Hodsoll: Patchett podrá ver la copia, pero no me es posible decirle de quién procede. Mi hermana Elisa me la dió para hacer de ella el uso que me conviniera, pero no quiso indicarme su origen.

Susana subió á la oficina, donde vió tres jóvenes muy entretenidos en la lectura de una *Revista de espectáculos*, la cual dejaron á un lado apresuradamente apenas oyeron abrir la puerta, aparentando después que copiaban documentos con tal afán, que la visitante no obtuvo contestación hasta que habló por segunda vez. Entonces se le dijo que el Sr. Patchett había ido á Londres, y que no se le esperaba hasta dentro de dos días; pero que si su asunto era de importancia, podría hablar con el Sr. Lee. Se dió aviso á este empleado por medio de un tubo portavoz, y Susana fué conducida al despacho del secretario de Patchett. El Sr. Lee tenía un tipo del todo opuesto al de su principal: hombre pequeño, delgado, de cabello casi negro, ojos grises y rostro muy enjuto, vestía con mucha pulcritud y afectaba modales de gran tono.

Ofreció cortésmente una silla á Susana, y apoyando después la mano en otra, esperó á que se le hablara.

—No detendré á usted mucho tiempo, Sr. Lee, dijo Susana; venía á pedir al Sr. Patchett una nota expresiva de lo que yo he perdido por la quiebra del Banco.

—Dentro de un día ó dos, señorita Holt, podrá usted tener con seguridad esa nota con todos los datos que nos sea posible dar ahora. El Sr. Hazell hijo ha estado aquí hace pocos minutos y me anunció que usted vendría; hasta se extrañó al parecer de haber llegado antes.

—¡El Sr. Hazell ha estado aquí!, exclamó Susana con expresión de asombro.

—Sí, señorita, y me sorprende que no le haya usted encontrado, pues apenas hace diez minutos que se hallaba aquí. Me dió también algunas instrucciones sobre la preparación de las cuentas, y luego escribió una carta privada al Sr. Patchett, la cual debemos enviar por el correo de hoy. Debo añadir que el Sr. Patchett atiende muy en particular á los asuntos de usted como cliente de preferencia.

—¿Conque no podrá usted explicarme, continuó Susana, en cuánto me afecta la pérdida?

—Siento mucho que no me sea posible complacer á usted en ausencia de mi principal; mas por lo que yo entiendo, ha sido usted muy afortunada en comparación con muchos de nuestros clientes.

—¿Tendrá usted la bondad de darme noticia del regreso del Sr. Patchett apenas vuelva?

—Con seguridad lo encontrará usted aquí á las doce de la mañana del viernes; tomaré nota de que ha de venir usted tal día, y si hubiese alguna alteración en los planes de mi principal, avisaré á usted oportunamente.

Susana dió las gracias y despidióse del Sr. Lee, que la saludó con una profunda reverencia.

La joven no estaba muy satisfecha, pero extrañóle que el Sr. Lee la considerase afortunada en relación á otros clientes, y causábale el mayor asombro que Miguel hubiese llegado allí antes que ella. Para esto debía de haber recorrido la distancia con su caballo á galope tendido, por más que ella y Walton perdieran algún tiempo en el Parque del Conde; y esa circunstancia era de por sí muy curiosa, indicando que tenía algún motivo para ver al abogado antes que ella.

Quando Susana volvió á subir al vehículo, solamente dijo á Walton que Patchett estaba fuera y no podría verle hasta el viernes. Después comenzó á reflexionar sobre la extraña conducta de Miguel, y cuando llegó á su casa sintióse más cansada que si hubiera trabajado todo el día en el campo. Por eso, sin duda, no observó la palidez y excitación nerviosa de Sara.

Walton había olvidado ya el mal efecto que le causó la contestación de la señorita Holt en el Parque; pero no quiso quedarse á descansar y manifestó deseos de ensillar su caballo después de haberle desenganchado del vehículo. Sara fué en busca de un mozo y volvió muy despacio; de modo que Susana y Walton quedaron algunos momentos solos en la sala.

—Vendré el sábado, dijo Tomás, para recibir la contestación que necesito; entonces habrá usted visto ya á Patchett y tenido suficiente tiempo para reflexionar sobre lo que él diga. Creo que con esto podrá ya resolver respecto á mi proposición.

—Procuraré hacerlo, contestó Susana distraídamente quitándose el sombrero y alisándose un poco el cabello con la mano. Estoy tan trastornada por todo lo que sucede, que no puedo pensar en nada ahora.

—Será necesario que descanse usted un poco, y mañana estará usted ya tranquila. No piense usted en sus pérdidas, pues sean cuales fueren, no constituyen la ruina, y aun en este caso, siempre encontrará usted en la Abadía lo suficiente para satisfacer sus primeras necesidades.

—Es usted muy amable, Sr. Walton, repuso Susana, y le agradezco su buena voluntad; mas siento no poder corresponderle de otro modo. Aunque pensara en usted con el objeto que desea, debería contestarle negativamente, rehusando ver á usted otra vez si el estado de mis asuntos resultara ser tal como usted me ha dicho.

—Eso es una crueldad.

—Pues yo creo proceder bondadosamente y darle una prueba de agradecimiento.

—Bien, ya hablaremos de eso el sábado, contestó Walton muy satisfecho al notar que Susana le hablaba con más dulzura que otras veces.

La joven se alegró de verse al fin completamente sola. Habíase reído un día de Sara porque perdía el apetito; mas ahora era llegada su vez, y aunque hacía horas que estaba en ayunas, no quiso tomar más que una taza de té y retiróse á su cuarto, diciendo que iba á descansar.

Una vez allí, sentóse junto á la ventana y de nuevo quedó sumida en sus reflexiones. Maquinalmente sacó de su bolsillo el pedazo de papel que había arrollado para que Job encendiese la pipa y lo extendió sobre la meseta de la ventana. No tenía duda de que Walton había procedido honradamente, y también Miguel; pero siendo así, ¿cómo podía resultar semejante confusión entre sus asertos? Tal vez el pedazo de papel le daría alguna llave para descifrar el enigma; la escritura era muy clara, mas el fragmento se había rasgado oblicuamente y solamente se podía leer lo que sigue:

cump

ó alguno

consentimiento. El dep

y cuando fué transferido á

considerando el depósito como

de que no hay obligación legal ó moral

este dinero; pero es el deseo de mi hijo

se haga. He consentido en esto porque cree

Susana Holt se casará con él. Si no lo hace, deseo que estas circunstancias del depósito, á fin de que ella

pueda

hacia mi hijo Miguel, y hacerle justicia como su conciencia

le dicte

Susana se esforzó para alisar bien los bordes del papel, mas no pudo sacar nada en limpio. Era evidente que en el escrito se hacía referencia á ella en algo muy importante; pero tan sólo pudo comprender que Job esperaba que hiciese justicia á Miguel en el caso de no aceptarle por esposo.

Tampoco le era posible dudar que el joven Hazell ocultaba alguna cosa, algo en que su padre consentía sin aprobarlo, pero en la creencia de que el matrimonio se efectuaría. Si su pupila no se casaba, Job quería que supiese todas las particularidades sobre cierto depósito para que pudiese hacer justicia á Miguel.

«¿Cómo me sería posible—preguntó Susana,— hacer esa justicia sin saber qué se exige de mí? Miguel dice que confíe en él. ¿Acaso no soy yo digna también de que él confíe en mí?»

En vano buscó contestación á esta natural pregunta, y haciendo reflexiones sobre aquellas frases incompletas, que indicaban alguna calamidad, sintióse poseída de un profundo disgusto. El viernes siguiente, Patchett le daría sin duda los informes necesarios para guiarse; pero hasta entonces debía estar angustiada, sabiendo que ocurriría algo muy desagradable, sin poder imaginar qué era. ¿Qué le habría costado á Miguel sacarla de dudas con algunas palabras? Esto era una crueldad, pero no se indignó, porque no se le ocultaba que al obrar así su objeto era tan sólo evitarla un disgusto.

XXXIV

LA ÚLTIMA HORA DE JOB

La conducta de Miguel no tenía en concepto de éste nada de extraordinario. Mientras veía á Walton alejarse con la mujer que amaba, y con quien siempre había tenido la esperanza de unirse, pensó que estaba perdida para él definitivamente. Era evidente también, no tan sólo que no se fiaba de él, sino que le inspiraba desconfianza; pues de no ser así, por lo menos hubiera solicitado su compañía. Y ya que Susana había hecho su elección, poco importaba que se revelase pronto el secreto sobre el capital perdido, lo cual le aliviaría de un peso que le agobiaba. Miguel sentía casi ahora que se hubiese quemado el testamento donde se consignaban los detalles de la transacción; pero quería que Susana creyese que el acto era espontáneo por parte de su padre, y no resultado de sus argumentos y enérgica declaración de que el dinero debía entregarse á la señorita Holt.

El joven Hazell no perjudicaba con esto más que á sí mismo, porque todos los legados quedaban exactamente como estaban antes, y solamente con su fortuna se compensaban las pérdidas de Susana. Había contribuido por mucho á obtener las ganancias; el dinero que daba habíase destinado para él y tenía derecho para disponer de su capital como mejor le pareciese. Esto le dejaría pobre y debería trabajar más que antes, como dijo su padre; mas no le importaba.

«Yo creo esto muy justo y debo hacerlo—contestaba siempre á su padre después de escuchar sus repetidas observaciones;—no me espanta el más rudo trabajo; prefiero convertirme en simple jornalero más bien que exponerme á oír decir que Job Hazell no procedió con toda rectitud respecto á su pupila.»

Estas palabras conmovían siempre á Job. Mas á pesar de ello, no habría consentido en los deseos de su hijo á no ser porque pensaba que el matrimonio con su pupila lo arreglaba todo. De aquí su afán de ver pronto á los jóvenes casados, afán tan vehemente como su deseo de trabajar todo lo posible, en la creencia de que estaba completamente arruinado.

A medida que se pronunciaban más en Job los efectos de su rápida decadencia, mayor era el pesar de Miguel por haberle ocultado sus dudas en cuanto á la probabilidad de que Susana le aceptase por esposo. Esperaba conseguirlo al fin, y con esta idea trató de aliviar su conciencia; pero sufrió mucho durante las semanas que siguieron á la quiebra del Banco, y al fin había cometido casi un crimen, valiéndose de un engaño para que se quemara el testamento válido de su padre.

Ahora, ya no le quedaba esperanza alguna de que Susana le aceptase por ciertas consideraciones, si deseaba casarse con otro; y por lo tanto, debía obrar rápidamente para que no se diera inútilmente un disgusto á Susana y para que se molestase á su padre lo menos posible. En su consecuencia, ensilló la yegua, montó é hizo tomar un rápido galope.

Como Patchett no estaba en casa, Miguel dió sus instrucciones al secretario. En la carta privada para el abogado decía solamente que su padre había destruido el último testamento en presencia de la señorita Holt, advirtiéndole que, como la prueba directa de su transacción en el arreglo de la transferencia del capital á nombre de Susana no existía ya, era su más vehemente deseo que se dijese lo menos posible sobre el asunto á la señorita Holt, pues deseaba á toda costa que ésta creyese que el acto era propio de su padre. Al mismo tiempo se debían dar á Susana todos los informes necesarios, pues tratábase solamente de evitar las pérdidas de ésta sin que ella se creyese obligada á nadie.

Evacuada esta diligencia, Miguel fijó su pensamiento en los asuntos comunes de la vida diaria. Lo primero que hizo fué dirigirse á la estación para ver si estaba allí ya una nueva máquina de segar pedida á Londres; allí se detuvo una media hora y por segunda vez pudo evitar el encuentro con Susana y Walton.

Al llegar á su casa, Juana, el ama de gobierno, díjole que el amo hacía más extravagancias que nunca.

—No quiere comer, dijo, y ha estado llamando á usted y á Susana. Lo mejor sería enviar un aviso á la señorita Holt, pues sin duda el amo no se tranquilizará hasta que los vea á ustedes juntos.

La pobre mujer esperó en el umbral de la puerta mientras Miguel entraba en la habitación de su padre y pudo oír lo que se decía.

Miguel encontró á Job muy inquieto y febril, entretenido en levantar papeles y cartas de un lado para ponerlos en otro; tenía los ojos hundidos, y Miguel notó en ellos cierta expresión particular que le alarmó.

—¡Ah! ¿Eres tú?, exclamó. ¿Se han concluido del todo los trabajos de hoy?.. Me parece que esa nueva máquina ha de dar el mejor resultado... ¿Dónde está Susana?.. Tú saliste de aquí con ella hace un minuto. Os vi pasar por delante de la ventana... ¡Buena mujer te llevas!.. Y en cuanto al dinero, todo quedará arreglado. Ahora recuerdo que se quedó muy serena después de la lectura del testamento; pensaría que poco importará que sea tuyo ó de ella cuando estéis casados. ¿Dónde está ahora?

—Dentro de poco llegará, padre mío... ¿Qué está usted buscando?

Job continuó levantando papeles y dejándolos de nuevo, sin contestar á la pregunta; parecía sobrecoído de una gran excitación nerviosa.

—Está obscuro, dijo de pronto. ¿No es verdad?.. Enciende el quinqué.

Miguel salió corriendo, dijo á Juana que trajese el quinqué, y fué á buscar dos mozos; ordenó á uno de ellos que montase en la yegua y marchase á buscar al doctor, y despachó al otro á la granja del Prado

para que entregase á Susana un papel en que había escrito con lápiz estas palabras: «Ruego á usted que venga con el portador, mi padre la llama continuamente y creo que está en grave peligro.»

Miguel empleó en esto un cuarto de hora, y al entrar de nuevo en la habitación de su padre vió que Juana alumbraba al anciano para que éste distinguiese mejor los caracteres del escrito que tenía entre las manos.

El papel que trataba de leer era el testamento, y al parecer había llegado á la última página, cuando de pronto quedó inmóvil, exhalando el último aliento.

Miguel lo comprendió todo y murmuró con acento de angustia.

—¡Dios me perdone!.. ¡He apresurado su muerte!

XXXV

DÍA DE LUTO

El intervalo de silencio que se siguió tenía algo de terrible.

El difunto Job conservaba aún entre las manos el papel que le había revelado la traición de su hijo; y hubiérase dicho que su mirada fija buscaba aún las palabras ausentes. Miguel estaba como petrificado, y en aquel momento creíase casi culpable de parricidio.

Sin embargo, muy pronto la inteligencia recobró una dolorosa actividad, y el joven Hazell pensó en cumplir con los tristes deberes que le imponía aquella lúgubre hora; pero obró como un sonámbulo y ningún observador hubiera podido sospechar el horrible padecimiento de espíritu de aquel hombre. Entonces se entregó á esas tristes reflexiones que acosan á todos los que creen que hubieran podido evitar una desgracia si hubiesen hecho tal ó cual cosa en vez de lo que hicieron. Su padre no habría muerto tal vez tan pronto si él hubiese procedido de otro modo. ¡Cuánto daría por deshacer lo hecho!

Miguel sabía que según las leyes de la naturaleza no era de esperar que su padre viviese largo tiempo, y además advertíanle esto muchos síntomas que anunciaban la proximidad del fatal desenlace; mas á pesar de todo esto, no estaba preparado para una muerte tan repentina; amaba tanto á su padre, que hasta abrigó la esperanza de conservarle algunos años con tal de que le cuidase bien, libre de todo trastorno.

Durante aquel día, sobre todo, Miguel se había valido de todos los medios para preservarle de la menor agitación ó enojo, y, como ya hemos visto, consiguió evitar la explicación que consideraba más peligrosa; mas á pesar de haberlo conseguido, el pobre Job recibía el golpe de muerte. La conciencia de Miguel le gritaba que era culpable, y en aquel momento su inteligencia se había debilitado de tal modo, que no tenía fuerza para defenderse de esta acusación.

Luego pensó cómo había ocurrido el hecho: impulsado por algún temor ó sospecha de que sus deseos no se cumplirían, el padre trataría de buscar consuelo asegurándose otra vez de que el contenido del testamento estaba perfectamente claro, y de que Susana debía aceptar á Miguel; entonces echó de ver que había quemado el testamento donde constaba la explicación, y ó bien creyó que se lo habían dado por equivocación, ó que la cosa se hizo expresamente. Esto no podía saberse ya; pero de todos modos, la sacudida que produjeron el enojo y el sentimiento fué el golpe mortal.

Miguel condujo el cadáver de Job á su alcoba y le depositó en el lecho; después volvió á la sala para recoger los papeles diseminados, doblólos cuidadosamente y los guardó en el pupitre, poniendo el testamento encima. Entonces supo que su padre había pensado ya en la muerte, pues encontró medio pliego de papel en que Job había escrito con mano temblorosa las siguientes palabras:

«Esto es lo que yo quiero que se ponga en mi lápida cuando llegue la hora; y confío en que mi hijo Miguel cuidará de que así se haga:

«Aquí yace Job Hazell, arrendatario en Marshstead por espacio de . . . Murió á los . . . La paz sea contigo. Yo voy á descansar.»

Miguel resolvió que el epitafio se grabara en la piedra como su padre lo escribió, limitándose á poner la puntuación y á llenar los blancos; Job ocupaba la granja hacía cincuenta y un años, y había muerto á los setenta y cinco. Miguel recordó entonces que muchas veces dejó de complacer á su padre en las cosas de menos importancia, y que en más de una ocasión fué desobediente; de todo esto se arrepentía ahora; pero nada le remordía tanto la conciencia, por sus fatales resultados, como lo del testamento.

El joven Hazell temía pensar en Susana; mas érale imposible desechar su imagen. Su amor le había

trastornado, y creyendo que aceptaba á Walton, temió ser injusto para ella en los primeros momentos de su angustia. La mujer que para él había sido todo en el mundo, y por la cual estuvo dispuesto á sacrificar su casa y su fortuna, resultaba ser ahora su genio maléfico y había hecho de él un criminal.

Susana estaba todavía en su habitación haciendo reflexiones sobre aquel pedazo de testamento quemado cuando llegó el mensajero de Miguel. Al leer las líneas escritas por éste, levantóse presurosa, despidió al hombre, y solamente pensó ya en ir á consolar á Job y ayudar á su hijo.

—Ponte el sombrero y ven conmigo, dijo á Sara; tal vez seamos allí necesarias las dos.

—¿Tan enfermo está?

—Miguel dice que se halla en grave peligro. Además, hoy han sucedido cosas que tal vez hayan trastornado á Job.

Las dos jóvenes encontraron al hijo de Job á la puerta de la casa, tan pálido y trastornado, que apenas reconocieron en él al joven tan robusto y lozano de un mes antes.

—Ya sabía yo, dijo con voz dulce, que vendrían; pero ya es tarde.

Al oír esto, Susana cogió con sus dos manos una del joven, y solamente pudo decir:

—¡Oh, Miguel!

Sara, al oír las fatales palabras «ya es tarde», miró fijamente con expresión de simpatía al joven y á su prima; pero un observador atento hubiera podido creer que su pensamiento estaba en otra parte.

Sin añadir una palabra más, Miguel condujo á las dos jóvenes á la sala donde su padre había muerto, y allí pudo Susana contemplar poseída de angustia y dolor, la mesa y el sillón que el anciano ocupaba cuando habló con ella pocas horas antes. Y se extrañó de que Miguel se mostrase tan tranquilo, y de que ella no pudiera manifestar señales de la profunda tristeza que embargaba su corazón. Sin embargo, al recordar las bondades del pobre Job, sus ojos se llenaron de lágrimas; ya no pensó en algunas de sus rarezas, y olvidó los ligeros defectos de su carácter.

Aquella fué para Susana la primera experiencia de la muerte, pues apenas podía recordar la de su madre, y cuando ocurrió la de su padre, era demasiado niña aún para experimentar profundas emociones. Job había sido siempre un padre para ella, y su muerte le trajo á la memoria muchos recuerdos sobre sus bondades y tolerancia. No era de extrañar, pues, que fuese muy profundo su pesar; mas ni ella ni Miguel se entregaron á una inútil desesperación. Todo se hizo con calma y orden.

El doctor, que llegó en aquel momento, no se sorprendió cuando le dijeron que ya no podía hacer nada por su paciente. Por pura formalidad practicó el acostumbrado examen y confirmó el hecho de la muerte; pero como no era solamente el hombre de ciencia, sino el verdadero amigo de sus pacientes y de sus familias, quiso dar un buen consejo al hijo del difunto.

—Cuide usted mucho, señor Hazell, díjole; soporte con resignación tan dolorosa pérdida, y para ello ocúpese con asiduidad en los deberes de su vida.

Miguel prometió hacer lo posible para seguir el consejo. No le era dado explicar qué peso oprimía su conciencia, ni confesar la convicción de que su imprudencia había acelerado la desgracia; pero esta idea le acosaba sin cesar, contristando su ánimo profundamente.

XXXVI

DEMASIADO TARDE

Susana y su prima ayudaron al ama de gobierno en todos los preparativos para el entierro.

Los funerales debían celebrarse el lunes siguiente, y Miguel les presidió con una serenidad y una calma que fueron notados por todos, dando esto lugar á que se dijera que sobrellevaba muy bien la pérdida que había sufrido. Escribió las cartas de invitación á todos sus hermanos y hermanas, sin descuidar sus trabajos en el campo y en la granja; así obedecía á la recomendación del doctor, y comprendió que un trabajo persistente era lo único que le distraería.

La gente observó tan sólo que su aspecto de buena salud y su agradable sonrisa habían desaparecido.

Juana Darby, el ama de gobierno, estaba muy triste, y confió su pesar al cartero Zacarías que había llegado para repartir la correspondencia.

—A mí no me parece natural, le dijo, que el señor Miguel esté como le veo. Parece haberse conformado muy pronto, y no me explico que hable á todos con cierta timidez, como si él tuviera la culpa de lo que ha sucedido, sin resentirse de cuanto de él se dice por esta causa.

—¡Ah! La naturaleza humana tiene muchas singularidades, contestó Zacarías, y yo hablo por experiencia porque he corrido mucho mundo y he visto más de lo que algunos creen. Además, soy un ob-



Ofreció una silla á Susana...

servador tan perspicaz, que descubro al momento en la fisonomía de las personas á quienes sirvo si les he de llevar una noticia buena ó mala. El Sr. Miguel no está afligido solamente por la muerte de su padre, tanto más cuanto que ésta era de esperar, y no debía sorprenderle mucho. ¿No habrá alguna otra causa?

—Yo no la conozco.

—Pues yo sí, repuso Zacarías, muy enorgullecido al parecer porque podía dar una prueba de su perspicacia.

—¡Ah! Ya veo, contestó Juana, que es usted muy listo para observar las cosas, y quisiera que me ayudase usted á descubrir cuál es la verdadera pena del Sr. Miguel, porque tal vez yo podría prodigarle algún consuelo.

—Muy bien, dijo el cartero; á mí no me agradan las habladurías, pero ya que me hace usted la pregunta confidencialmente, quiero darla alguna indicación. En todas partes se asegura que el Sr. Miguel debía casarse con la dueña del Prado. Yo me lavo las manos, pero se murmura mucho sobre el hecho de haberse quedado el joven Hazell una noche en la granja á causa de haberse sorprendido á unos gitanos. No obstante, ahora se asegura que la señorita Holt ha dado su preferencia á Tomás Walton; y he aquí por qué Miguel Hazell está tan triste.

—Tal vez sea eso, replicó Juana, pero muy tonta será la señorita Susana si hace semejante cosa, suponiendo que esté en su mano elegir. De todos modos, el Sr. Miguel no cometerá la locura de entregarse á la desesperación por ninguna mujer.

—El hombre es siempre tonto en cuestiones de mujeres. He oído hablar de hombres que pusieron término á sus días al ver que su amor no era correspondido; mas espero que el joven Hazell no imitará el ejemplo si la señorita Holt no le acepta. En fin, allá veremos. ¡Ah, qué perversas son las mujeres!

Y después de hacer este comentario, el cartero Zacarías se despidió del ama de gobierno.

Susana escribió á Patchett diciéndole que aplaza-

ría su visita hasta después de celebrarse los funerales, porque no estaba en aquel momento para tratar de negocios; y después de hacer esto, pareció haberse aliviado de un gran peso, porque así retardaba al menos cuatro días las revelaciones que tan resueltamente trató de ocultarla Miguel. Tenía la convicción de que éste no le había ocasionado perjuicio alguno; pero las frases cortadas del pedazo de testamento que leyera dábanla mucho que pensar, y perdíase en conjeturas sobre su significación. Lo que más la preocupaba era la indicación de que debía hacer justicia al hijo de Job en alguna cosa; ignoraba en qué, y quería saberlo á toda costa, para no retardar ni un instante el cumplimiento de cualquiera obligación, que en su concepto debía ser sagrada. ¿Qué no haría para ver de nuevo á Miguel contento y feliz, desvaneciendo la tristeza que evidentemente le agobiaba ahora?

Susana profesaba al hijo de Job el más sincero cariño, y la muerte del anciano evocó en su memoria los recuerdos de la niñez, en los que la primera figura era Miguel. Ahora decíase que sin apreciar todo esto le había hecho sufrir, pero reflexionaba que en rigor no era por culpa de ella. En cuanto á ser su esposa, no consentiría en ello hasta que reconociera que profesaba á Miguel algo más que afección ó una dulce simpatía. Aunque Walton no hubiese existido, estaba segura de que habría contestado negativamente al hijo de su tutor si éste hubiese solicitado entonces su mano de esposa.

En cuanto á Miguel, manifestaba mucha cortedad en su trato con Susana; á menudo se veían los dos, y ésta creyó observar que Hazell procuraba evitar toda ocasión de quedarse á solas con ella. Así era, en efecto, mas no por causa de resentimiento ó de enojo, como la joven imaginaba, sino porque Miguel la amaba demasiado y temía descubrir el secreto relativo á la transferencia de los bienes.

El sábado siguiente, Walton fué al Prado, según había prometido; pero Susana estaba en Marshstead y Sara había ido al pueblo. Por un momento pensó dirigirse á la casa de Hazell; pero el luto le desagradaba siempre, y al fin decidió ir á la casa Isabel para distraerse un rato con el Sr. Lewis.

Después del oficio del domingo, Susana volvió á Marshstead á fin de ver si se habían adoptado todas las disposiciones para el día siguiente. El ama de gobierno estaba á la puerta de la casa y mirando á todas partes como si esperase la llegada de alguien. Apenas hubo divisado á Susana, corrió hacia ella, pareciendo que se esforzaba para no gritar.

—La estaba esperando á usted, señorita, dijo con ansiedad, porque me parece que al señorito Miguel le sucede algo raro. No ha querido comer nada en todo el día; todos se han ido á la iglesia y solamente estamos en la casa él y yo.

—¿Pero qué tiene, Juana?, preguntó la joven con cierta inquietud.

—No lo sé, y por eso me alarmo. Toda la mañana le he visto con la cabeza inclinada sobre el pecho y tan pálido como aquel que está de cuerpo presente arriba. Hasta creo que el señorito no se ha desnudado en toda la noche.

—¿Y qué ha hecho?, preguntó Susana.

—Pues entró en casa como una sombra, pasó delante de mí sin abrir la boca y subió á la habitación donde está el difunto. Pero después le vi pasear de un lado á otro, y de repente todo quedó silencioso, lo cual me inquietó un poco. Transcurrió más de una hora sin que yo percibiese el menor ruido, y alarmada, al fin fui á escuchar á la puerta. Ni siquiera le oí respirar, y temiendo que le hubiese sucedido algo, llamé, pero no me contestó. Entonces me ocurrió que para hacerle hablar lo mejor sería pronunciar el nombre de usted, y no atreviéndome á entrar, pregunté si vendría usted á comer. Tampoco me contestó y entonces bajé á la puerta con la esperanza de que usted llegaría pronto.

Susana subió la escalera apresuradamente y llamó á la puerta de la habitación; mas como no obtuviese respuesta, levantó el pestillo y entró. Al principio no pudo ver nada, pues el rápido tránsito de la luz del sol á una media obscuridad le impidió distinguir los objetos, y detúvose un instante hasta que sus ojos se acostumbraron á la especie de crepúsculo que allí reinaba.

Al fin pudo distinguir bien todo cuanto había á su alrededor, y entonces vió á Miguel arrodillado junto al lecho mortuorio, tan inmóvil como una estatua; tocóle el hombro, el joven levantó la cabeza y un momento después incorporóse como movido por un resorte.

—¡Ah! ¿Es usted, Susana?, dijo con voz dulce. No la he oído á usted entrar; pensaba solamente en él. Si él pudiera vernos ahora uno junto á otro, esto le complacería, porque la amaba á usted mucho.

—Ya lo sé, Miguel, y siempre me entristece el pensamiento de que algunas veces le he disgustado.

—No hable usted ya de eso. Cuando nos vió pasar por delante de su ventana, dijo algo para expresar su satisfacción; y si no hubiera...

Miguel quería decir «si no hubiera mirado el testamento habría muerto más tranquilo;» mas no se atrevió á concluir la frase.

—Me alegro que me haya usted dicho eso, repuso Susana apoyando una de sus manos sobre la de Miguel; nada podía ser más agradable para mí, porque me contristaba la idea de haberle engañado... ¿Se siente usted mal, Miguel?

El joven había ahogado un sollozo al oír esta última frase, y Susana lo notó.

—Esto no es nada, contestó Miguel; ya pasará.

—No será tan fácil si se empeña usted en permanecer aquí; bajemos los dos.

El contacto de la mano de Susana y la ternura de su acento bastaron para que Miguel volviese completamente en sí. De pronto estrechó la mano de la joven, fijó en ésta una mirada de amor y sus pálidas mejillas se colorearon.

—¿Sabe usted lo que hace cuando me habla así, Susana?, murmuró. Está usted reviviendo esperanzas que eran tan queridas para él como para mí, y casi me induce á decirle cosas que desearía ocultar siempre. No me haga usted decir nada más, porque yo fui quien le engañé y no usted, y el remordimiento pesa sobre mí únicamente, tanto más cuanto que nada podría remediar lo hecho.

El profundo pesar que hasta entonces Miguel había ocultado á los ojos de todo el mundo desahogábase al fin, y aunque hablaba en voz baja y trémula, en sus palabras había como un grito de desesperación.

Susana se alarmó, y sin tener más que una vaga idea sobre la verdadera causa de la angustia de Hazell, díjole tímidamente:

—Yo quisiera saber si puedo hacer algo en favor de usted, Miguel.

—Ahora nada; ya se lo dije antes. Usted ha hecho su elección; espero que sea feliz y me alegraría contribuir á su dicha. Ya sabe usted lo que él deseaba, y también nosotros sabemos que no puede realizarse.

—Yo no sé eso.

Miguel miró con asombro á la joven, y después, como si saliese de alguna duda, contestó:

—Es usted muy buena, Susana; mas en este instante los dos estamos excitados, y usted, con su natural bondad, está dispuesta á prometer más de lo que su amor podría cumplir. Aún estamos en presencia de él y quiero relévarla de todo compromiso; aunque usted quisiese satisfacer ahora sus deseos, me vería obligado á decir que no puedo aceptar el sacrificio.

—¿Y si no fuera sacrificio?, repuso Susana ruborizándose, mientras que sus ojos fijaban una tímida mirada en el joven.

El rostro de Miguel tomó una expresión de angustia al oír estas palabras; sus manos hicieron un movimiento como para coger á Susana entre sus brazos; pero dominándose por un esfuerzo, limitóse á sonreír tristemente.

—No, no, dijo, es demasiado tarde; aunque pudiera usted darme lo que tan largo tiempo he deseado, concedérmelo en este instante sería un dolor más sobre los muchos que ya he sufrido. Es demasiado tarde; no me creo digno de recompensa, porque engañé al autor de mis días, y seguramente el descubrimiento de mi falsedad apresuró su fin.

—Es usted injusto para sí, Miguel, dijo Susana tranquilamente. Nosotros sabíamos que no podía vivir mucho tiempo, y él no lo ignoraba, pues me lo dijo así. Sea lo que fuere lo que usted haya hecho que pudiera disgustarle, usted se vitupera demasiado.

Era dulce para Miguel oír á Susana defenderle así, y sus palabras fueron para él un bálsamo consolador.

—He procurado, repuso, consolarme con ese pensamiento; mas las pobres excusas que encontré en mi favor demostraronme tan sólo que había obrado por egoísmo y orgullo y no por mi amor á usted y á él, aunque yo me consolaba pensando que este era el único motivo de mi conducta. Dios sabe que entonces creía obrar bien.

—Eso quiere decir que ahora no procede como es debido, y yo también lo creo así, al ver que se atormenta con inútiles lamentaciones.

Estas palabras devolvieron aparentemente la tran-



... y he aquí por qué Miguel está tan triste

quilidad á Miguel, y había estado á punto de perder su dominio sobre sí cuando oyó decir á la joven que podía casarse con él sin hacer sacrificio alguno; pero el recuerdo de Walton bastó para que recobrase su imperio. Entonces pensó que Susana, poseída de compasión, se hallaría dispuesta en aquel momento á decirle cualquier cosa para consolarle; mas habiendo arriesgado tanto para conseguir la felicidad de Susana, no quería aprovecharse de aquella situación exponiéndola á perderla. En su consecuencia, cuando ella se ofrecía casi, desechó lo que tanto deseaba.

—Es verdad, Susana, contestó, lamentarme ahora es inútil ya; pero usted es la única que me ha visto expresar de esta manera mi aflicción, y no me pesa, porque me alivia mucho comunicar á usted mis pensamientos. Esto le bastará para comprender todo cuanto observe en mí de extraño, y no debe dudar que yo haré cuanto sea posible para substituir dignamente á mi pobre padre en cuanto se refiere á usted, hasta que... hasta que usted se case. Y ahora podemos bajar.

Al referirse al casamiento de Susana, Miguel recordó la escena en el jardín, donde aquélla le había dicho tantas cosas amargas delante de Walton. Aunque Susana no le hubiese manifestado todavía su decisión respecto al hombre que elegiría por esposo, el hecho de marcharse con su rival indicaba á su modo de ver que le aceptaba; y en su consecuencia, creía inútil continuar la lucha. Parecíale, no obstante, que aún le sería dado conseguir su objeto, aprovechándose de la compasión de Susana; pero la lealtad de su carácter no le permitía hacerlo y resistió valerosamente á la tentación.

El repentino cambio que Susana observó en Miguel disgustóla más que oírle acusarse á sí propio; por un momento creyó que sus esfuerzos para consolarle serían eficaces; mas la reserva que ahora

manifestaba hízola comprender que no conseguiría nada.

Siguió hasta la puerta, y al llegar al umbral volvió maquinalmente la cabeza para mirar por última vez al difunto Job; y al fijar su mirada en aquel cadáver, pidió al cielo que su espíritu la guiase para dispensar el acto de justicia de que hablaba el testamento.

Miguel, sin volver la cabeza, adivinó esto: el amor que profesaba á su padre constituía uno de los más sólidos eslabones de la cadena que le unía con Susana, pero también era para él un aguijón la idea de haberla perdido.

Apenas salió Susana de la habitación, Miguel cerró la puerta, y los dos bajaron y se encaminaron hacia la glorieta.

—¿Está usted seguro, dijo la joven de pronto en voz baja y algo trémula, que ha comprendido lo que yo quise decir cuando usted me contestó hace pocos minutos que ya era tarde?

—Sí; completamente seguro, contestó Miguel después de vacilar un poco.

Susana miró á Miguel fijamente, y éste creyó ver en su rostro una expresión tranquila y risueña, como la de una persona á quien satisface lo que se ha confesado.

—Así sea, Miguel, y ahora que nos entendemos bien, ya no podrá haber más dudas ni vacilaciones entre nosotros. Ahora me será dado hablar á usted como á un hermano querido en quien puedo depositar toda mi confianza, y usted me hablará del mismo modo que lo hacía su difunto padre, amonestándome cuando crea que obro mal y reprendiéndome cuando sea desobediente.

—Procuraré hacerlo así.

Miguel observó la satisfacción de Susana por haber determinado así cuáles deberían ser sus relaciones en lo futuro; de este modo ambos quedaban libres de obrar, y Hazell no sintió del todo haber contestado como lo había hecho.

XXXVII

EL ÚLTIMO TRIBUTO

Job era el favorito del condado; siempre el primero en reconocer el valor de los progresos de la agricultura, habiase mostrado en todas ocasiones dispuesto á dispensar á sus vecinos el beneficio de sus conocimientos en las muchas experiencias que hacía; y su mano estuvo siempre abierta para socorrer á los necesitados. Por eso era tan numerosa la reunión y se veía tal número de vehículos de toda especie para formar el acompañamiento del finado. Todos los labradores habían acudido, aunque entonces se ocupaban en los más importantes trabajos de la recolección.

El Sr. Montague Lewis fué uno de los primeros en llegar, y después de haber dado el pésame á Miguel, manifestó su esperanza de verle substituyendo dignamente á su padre.

Las cartas que el joven Hazell había escrito á sus parientes de América y Australia debían estar en el camino aún; su tercer hermano, Juan, hombre de negocios, muy inteligente, llegó de Londres en el tren de la tarde y pensaba regresar por la noche, habiéndole acompañado una de sus hermanas, la señora Dillthwaite, casada con un comerciante de este nombre.

El fúnebre cortejo era numerosísimo, y todo el pueblo salió en masa para presenciar el espectáculo; la iglesia y el cementerio se llenaron de gente, y si para Miguel podía ser un consuelo ver cómo se lamentaba la muerte de su padre, seguramente no le faltó.

Terminada la ceremonia, la multitud se dispersó, y solamente algunos amigos íntimos, entre ellos el Sr. Patchett, volvieron á Marshstead. Susana, Sara y la señora Dillthwaite estaban allí ayudando á Juana á preparar un refrigerio, cosa importante en el país, á causa de la larga distancia que algunos debían recorrer.

El Sr. Patchett creyó conveniente cumplir con la formalidad de leer el testamento. Todos escucharon pacientemente, porque allí no había herederos que pudieran quedar descontentos.

—Aunque esto no tenga importancia, dijo el señor Patchett, debo advertir que nuestro difunto amigo, el Sr. Hazell, hizo otro testamento después de este; pero lo destruyó en presencia de su hijo Miguel y de la señorita Holt.

(Se continuará.)

LA BODA DEL INFANTE D. CARLOS DE BORBÓN Y LA PRINCESA LUISA DE ORLEANS



Los augustos desposados saliendo de la iglesia después de la ceremonia religiosa



S. M. el rey D. Alfonso XIII y la duquesa de Orleans (De fotografía.)

Con gran pompa celebróse el día 16 de los corrientes en el castillo de Wood Norton la boda del infante D. Carlos de Borbón con la princesa Luisa de Orleans. A las ocho de la mañana efectuóse la ceremonia del matrimonio civil en la alcaldía de Evesham; y á las doce los invitados, reunidos en los salones del castillo, se dirigieron á la iglesia, precedidos del duque de Orleans, que daba el brazo á la novia. Vestía ésta un magnífico traje de *satin charmeuse*, bordado de orquídeas, con manto de corte y flores de azahar que formando guirnalda prendida al hombro caía elegantemente hasta la fimbria de la falda. El velo, de una riqueza y belleza extraordinarias, era de punto de Inglaterra, con las armas de Francia y de Anjou.

La iglesia estaba adornada con banderas y trofeos que recordaban glorias de los Orleans, y en el centro, cerca del presbiterio, se habían colocado dos reclinatorios de terciopelo azul para los contrayentes, cuya unión bendijo el obispo de Birmingham. Actuaron de testigos, por parte de la novia, el duque de Orleans y el de Chartres, y por parte del novio, el rey de España y el duque de Calabria.

Durante la misa, que dijo el P. d'Armaillacq, una excelente orquesta ejecutó la marcha de *Alceste*, de Gluck, y otras piezas escogidas, y una vez terminada aquélla, la comitiva, á

cuyo frente iban los recién casados, encaminóse al gran salón, en donde los invitados desfilaron delante de los novios para felicitarlos.

Después de esta ceremonia, durante la cual el rey de España impuso á la princesa Luisa las insignias de la orden española de María Luisa, celebróse el almuerzo en el salón de grandes fiestas, que estaba espléndidamente adornado. A los postres pronunciaron sentidos brindis el duque de Orleans y S. M. el rey D. Alfonso XIII, congratulándose ambos de un enlace que estrecha más los vínculos que unen á las tres ramas de la casa de Borbón y haciendo votos por la felicidad de los augustos desposados.

Las personas de familias reales que asistieron á la boda fueron: los reyes de España, la reina de Portugal, las infantas D.^{as} Isabel y D.^a Eulalia, los condes de Caserta, la duquesa de París, los duques de Orleans, los duques de Montpensier, de Chartres, de Calabria, de Guisa, de Alenzón, de Penthièvre y de Vendome; la princesa Enrique de Battenberg, la duquesa de Aosta, los grandes duques Uladimiro, el príncipe y la princesa Juan Jorge de Sajonia, los príncipes Genaro, Reniero y Felipe de Borbón, el príncipe Czartoryski, el príncipe Alfonso de Orleans, las princesas Pía y María Josefina de Borbón y Estefanía de Bélgica. - T.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
 SOBERANO CONTRA
CATARRO - ASMA - OPRESIÓN
 30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
 Todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de exito.

VINO AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO
 el mas reconstituyente soberano en los casos de:
Clorosis, Anemia profunda, Malaria,
Menstruaciones dolorosas, Calenturas.
 Calle Richelieu, 102, Paris. - Todas Farmacias.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Exigir la Firma **WLINSI**.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Selne.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
HEMOSTÁTICA
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

S. M. LA REINA

D.^a MARÍA CRISTINA EN PARÍS

S. M. la reina D.^a María Cristina, de regreso de Viena, en donde ha estado un mes, llegó á París en la mañana del día 7 del actual, siendo recibida en la estación por el embajador de España y su esposa y por distinguidos miembros de la embajada española.

Por la tarde, recibió en el hotel Continental, en donde se hospedó, la visita del presidente de la República M. Fallieres y de su esposa, visita que poco después les devolvió D.^a María Cristina en el Elíseo. Al llegar ésta al patio del palacio presidencial, un batallón de infantería con bandera y música hizo los honores correspondientes.

De vuelta en el hotel, S. M. recibió al rey de Grecia, y luego visitó á la reina de Nápoles, en el palacio que ésta posee en el boulevard Maillot.

Por la noche comió con los embajadores de España marqueses del Muni y con su séquito.

A la mañana siguiente visitó la magnífica exposición de crisantemos organizada por la Sociedad de Horticultura, acompañada del ministro de Agricultura M. Ruau, del presidente de aquella sociedad y del director del protocolo M. Molard. Por la tarde emprendió el viaje de regreso á Madrid, habiendo acudido á despedirla á la estación un representante de M. y Mme. Fallieres, quienes además le enviaron una preciosa cesta de flores, otro del gobierno, el personal de la embajada y otras muchas personalidades distinguidas, que la vitorearon con gran entusiasmo en el momento de partir el tren. - R.



París.—S. M. la reina D.^a María Cristina, acompañada del ministro de Agricultura, visitando la Exposición de Crisantemos. (De fotografía.)

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR

*
Célebre Depurativo Vegetal
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpés, Acne.
EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C^{ia}, 102, R. Richelieu, París.
Todas Farmacias.

Historia general del Arte
Arquitectura, Pintura, Escultura,
Mobiliario, Cerámica, Metalisteria,
Gléptica, Indumentaria, Tejidos

Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración.—Se publica por cuadernos al precio de 6 reales uno.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

Dentición
JARABE DELABARRE
JARABE SIN NARCÓTICO.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXÍJANSE el SELLO de la "Unión-des Fabricants", y la FIRMA DELABARRE.
Establecimientos FUMOUGE, 78, Faubourg St-Denis, París, y las Farmacias del Globo.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARÍS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan.
No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té.
Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrúfulas, etc.

PILULES
de **BLANCARD**
EXIGIR LAS SIGNAS

APROBADAS por la Academia de MEDICINA

al IODURO de HIERRO
INALTERABLE

DESCONFIÉSE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & C^{ia}, 40, R. Bonaparte, París.

AVISO Á LAS SENORAS

EL ANIOL DE LOS D^{OS} RES
JORET-HONOLLE

CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^{ra} G. SÉGUIN — PARÍS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Data de 1849 París

PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPÉLIQUE —
LA LECHE ANTEPÉLICA
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

Casa CANDES
R. St-Denis, 46

PATE EPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN